



## **RECOPIACIÓN DE RELATOS**

[www.elpalaciodelbds.com](http://www.elpalaciodelbds.com)

# ***El Palacio del BDSM***

## **2º Concurso de relatos**

### *Indice*

- 1 - A oscuras. Autora: itaidragonfly\_de\_T.
- 2 - El esclavo y el eunuco. Autor: vizo.
- 3 - El esclavo y el verdugo. Autor: vizo.
- 4 - La Diosa, su macho y la cornuda. Autor: vizo.
- 5 - El Pecado. Autor: vizo.
- 6 - Bloody Olimpia. Autor: vizo.
- 7 - Marlene e Inma. Autor: vizo.
- 8 - Bloody Olimpia 2. Autor: vizo.
- 9 - Reencuentro. Autora: delicias.
- 10 - Reencuentro II. Autora: delicias.
- 11 - Marlene, Inma y el puto. Autor: vizo.
- 12 - Un día como esclavo de mi Ama y esposa. Autor: bill06.
- 13 - El ascensor. Autor: Nigromante.
- 14 - Caminando hacia el castigo. Autor: stauros.
- 15 - La llama del castigo. Autor: Felson.
- 16 - Mi gatita. Autora: itaidragonfly\_de\_T. **(1er Premio)**
- 17 - Mujer sumisa. Autora: delicias.
- 18 - Aquellos ojos miel. Autora: jessika. **(2º Premio)**
- 19 - Mi entrega (Primera parte). Autor: fetslave\_de\_Urathia. **(3er Premio)**
- 20 - Ella le siguió. Autor: Steady.
- 21 - Decadencia y renacimiento. Autora: hikarinikkou.
- 22 - La primera vez. Autor: stauros.
- 23 - El primer encuentro. Autor: Thoros.
- 24 - Mi desayuno. Autor: Thoros.
- 25 - El regalo. Autor: Thoros.
- 26 - laila. Autor: Janius.
- 27 - Mi entrega (Segunda parte). Autor: fetslave\_de\_Urathia.
- 28 - Lo que jamás se puede entregar. Autora: ginebra.

## A Oscuras

Es la oscuridad la que baña mis ojos. Todo está en silencio, excepto los latidos de mi pecho que se aceleran con cada respiración.

Un susurro que me acaricia junto al escalofrío que me recorre por la espina dorsal. Mi vello se eriza como reacción a su presencia. Ese perfume me transporta hasta más allá donde los secretos jamás serán compartidos, sólo serán un recuerdo que, cada mañana, al despertar, inundarán una y otra vez mi alma y mi cama.

Necesito tocarle, necesito hacer tangible esta emoción que me va a estallar en el fondo de mi ser. Pero no puedo, el frío metal que une mis manos en mi espalda, impiden cumplir este ardiente deseo.

Contacto. Sus dedos, como la punta de una flecha, punzantes pero tan suaves que creo morir, arañan detrás de mi oreja recorriendo el largo de mi cuello. Sin prisas, lentamente. Me estremezco y creo flotar. Un fugaz suspiro escapa de mi boca, rompiendo el compás de mi respiración acelerada.

Una orden de sus labios basta para obedecer cualquier petición. Mis rodillas se hincan en el suelo, y es el frío el que hace que baje, tan solo un poco, de mi nube.

Ahora puedo escuchar sus pies descalzos, caminando a mi alrededor, y aunque no puedo ver, noto sus ojos que me observan. Otro agradable escalofrío y se tensa cada fibra de mi cuerpo. Las esposas tintinean a mi espalda cuando su mano agarra con firmeza de mi pelo y me obliga con cariño a apoyar mi cabeza sobre el mullido cojín que hay en el suelo. Expuesta de esa manera, un ardiente calor recorre y tiñe mis mejillas de un rojo fuego y baja atravesando mi cuerpo hasta mi bajo vientre.

Un silbido inesperado en el aire y una rápida punzada que electrifica cada milímetro de mi trasero. Después calor. Un segundo silbido, anuncia lo demás. Sólo él puede transformar éste dolor en el más oscuro de los placeres. Ante tal oleada, me dejo llevar y pierdo la cuenta y quiero gritar y pedir que pare, pero no lo haré.

La fuerza suave de sus manos, empujan de mí hacia atrás, con cuidado y lentamente hasta que quedo sentada de rodillas y algo mareada. Todo me da vueltas y me resguardo en la caricia melosa que recoge mi cara. Su aprobación.

Sus pasos se alejan ¿Dónde se va? Pasan los minutos, las horas o los segundos, no sé ¿Dónde está, mi Señor? No soporto la distancia y mi estómago se llena de angustia. En la profunda oscuridad, le busco y no le

encuentro. Me retuerzo por dentro, quiero gritar, llamarle, pero no lo haré. El nudo de mi garganta no me dejará hacerlo. Pum pum, pum pum. El pulso sordo se cobija en el fondo de mis tímpanos y no me dejan escuchar nada más. Pum pum, pum pum.

El soplido fresco en mi nuca me indican que él nunca se fue. De su garganta emana una breve risa pícara y profunda y de mi corazón brota la alegría que indica que siempre estuvo aquí.

De nuevo, de sus dedos una caricia que recorre mi columna, y como un gato, arqueo la espalda a su paso. La humedad de su lengua moja mis labios por primera vez desde que la oscuridad me abrazó. Me regocijo y abrazo ese beso, intentando alargarlo lo máximo posible por si decide marcharse otra vez.

El crujir de su ropa me indican que se levanta y se sitúa ante mí. El sonido de la cremallera bajando de sus pantalones indica que mi espera va a tener su recompensa. Un largo dedo se introduce dentro de mi boca y me obliga a humedecerlo. Tira de mi mandíbula hacia abajo dejando mi boca abierta y dispuesta. Saboreo cada centímetro, disfruto mi ansiado premio, que no es más que su placer, sentir sus manos aferrándose a mi pelo, enredándose, tirando suavemente de él, empujándome cada vez más a su éxtasis y explotando dentro de mí, llenándome de su esencia y de su presencia.

Otra orden y mis temblorosas piernas me ponen en pie. Como el mejor de los lazarillos, me sujeta y me conduce hacia algún lugar de esta habitación. Me dejo llevar, casi de puntillas, como si estuviera caminado sobre algo tan frágil como mi alma en estos momentos. Mis grilletes metálicos liberan mis muñecas y él, con suaves besos, alivia el frío al que estaban sujetas. Con su pañuelo impregnado en su aroma, limpia mi cara de sus restos.

Con las manos desnudas palpo lo que tengo delante, una pared y su voz me insta a buscar apoyo en ella. No quiero caerme, así que obedezco a su petición susurrada. De cara a la pared, de espaldas a mi Señor, me ofrezco a él con las piernas abiertas. Aunque ya lo sepa, le hago saber que estoy a su entera disposición, de que soy suya.

De pronto, el calor de una de sus manos inunda mi entrepierna que acaricia con dulces vaivenes. La otra mano, juguetona, me pellizca el pecho hasta que mi garganta emite un grito doloroso casi gemido. Agarra mi cuello y aprieta. Me cuesta respirar, el aire entra lenta y agónicamente. Me libera unos instantes y de nuevo vuelve a ejercer el control de mi respiración.

Un cosquilleo comienza a plantearse. Voy elevándome subiendo por mi escalera de nubes a medida que el clímax final se acerca. Pero entonces, se detiene, y mi escalera se desmorona haciéndome caer junto a su pregunta. Me hace implorar y segundos después estallo en su mano y cada vez me hago más pequeñita, más pequeñita, más pequeñita, hasta casi

desaparecer dejando que las oleadas de placer rebosen de mí,  
deslizándome por la pared, buscando descanso, me siento en el suelo.

Me libra de mis ataduras que evitan que pueda ver, a través de mis ojos entrecerrados, pues aún no se han acostumbrado a la tenue luz de esta habitación, consigo vislumbrar su rostro borroso con una sonrisa borrosa. Después un cálido abrazo y unas reconfortantes palabras en voz bajita.

Gotas saladas bañan mis ojos, pero no te confundas, no es pena. Es la más grande de las dichas.

Autora : itaidragonfly\_de\_T

## **El macho y el eunuco**

La Diosa se burló del esclavo enjaulado, que veía con ojos ávidos como restregaba el culo sobre la cara del macho que estaba bajo Ella. La Diosa sujetaba los brazos del macho con sus rodillas para inmovilizarlo y someterlo y apretaba su culo contra su cara en un magistral facesitting mientras éste sumergía su nariz y su lengua en sus profundidades sofocado y empalmado.

La Diosa suspiraba de placer por la habilidad de la lengua del macho, que le recorría toda la rajita del culo y le chupaba las paredes del ano. Y con su vara, imprimía fuertes golpes al miembro empalmado del macho que alto y nervudo se erguía como una estaca ante Ella.

***"Ves cerda, este macho si que vale, me hace disfrutar y él se empalma bestialmente, no como tú, que eres una vil eunuca con un minipene y que solo mereces ver lo que te pierdes, ahí encerrada"***

Mientras el macho seguía masturbándola, acercó una mano al candado de la jaula y abrió la jaula.

***" sal inútil, y cómete ese miembro de verdad y no falles, quiero que ambos lleguemos al orgasmo a la vez"***

El eunuco se arrodilló ante la verga, y se inclinó ante ella respetuosamente lamiéndola de arriba abajo

La Diosa, notaba la creciente excitación del macho que aumentaba su ritmo de lamidas en su culo y ano, y que la transportaba cada vez más cerca del éxtasis del placer.

***"Vamos eunuco, cómetela ya y prepárate a recibir en tu boca el semen mi macho, que ya está muy a punto"***

El eunuco se la tragó hasta el fondo de su garganta y la chupada con ritmo, saboreando su tersura y dureza.

El macho ardía del placer que le producía el culo lleno de sabores de la Diosa, unido a la felación que arrodillado sobre él le practicaba el eunuco.

***"Ni se te ocurra correr te esclavo, has de esperar que me corra yo a la vez en tu cara"***

La Diosa sentía cada vez más y más y sus movimientos de pelvis ya preludiaban el estallido. La lengua del esclavo era muy hábil, y el placer que le proporcionaba en su culo, muy intenso .

***"Ya"gritó la Diosa en un espasmo,." Ya llega", " ahora, ahora, mas, mas....."***

Y la Diosa se corrió profundamente mientras se acariciaba sus pechos y veía cómo el eunuco bebía glotonamente todo el espeso semen que salía del miembro del macho que estallaba también de placer.

***" Si si, así me gusta, sigue más, cálmame esclavo, sigue lamiendo"***

***"Y tu cerda, ya no chupes más, ya lo has exprimido bastante. Y limpia tus labios guarra, que los tienes llenos de su leche"***

***"Y deja esa polla bien limpia y reluciente, es una verdadera joya que tienes que cuidar"***

La Diosa, seguía cabalgando con su culo en la cara del macho, que seguía lamiéndolo sin cesar y observaba como el eunuco recorría con su lengua la verga del macho dejándola libre de todo rastro de semen.

El macho volvió a empalmarse con fuerza mientras el eunuco se la acariciaba con su boca y su lengua.

La Diosa se levantó y apartó al eunuco de un empujón.

***" Quita inútil, ya me la has dejado bien limpia y lubricada, ahora es mia"***

***"Mira como me empalo en una verdadera polla, tumbate y mira como me penetra"***

La Diosa se sentó sobre la verga del macho, mirando hacia él. Con cuidado fue introduciéndosela poco a poco en su coño, mientras el eunuco con su cara al lado no se perdía detalle de la penetración.

Con varios hábiles movimientos la Diosa consiguió sumergir la estaca del esclavo en su coño, y ya con ella dentro, suspiró de placer sintiendo profundamente.

El esclavo veía a su Diosa sobre él, enseñándole sus turgentes pechos y clavada en su miembro y las oleadas de placer le sacudían intensamente.

***"Arrodíllate con los brazos en cruz, eunuco. Vas a ver un verdadero orgasmo vaginal. Esto es un macho real, cerda"***

***"Y tu esclavo, mantén el vigor y no te corras. Solo es mi placer el que busco contigo"***

El coño de la Diosa, subía y bajaba con ritmo y el placer se tornaba inaguantable.

Con sus finas uñas, la Diosa se acarició los pezones para notar todavía más el placer que ya le inundaba todo su cuerpo como un fuego.

El esclavo notó todos los flujos del coño de la Diosa en su miembro y vio el cambio de expresión de su cara, que no podía reprimir los gestos de placer.

***"Aguanta esclavo, tu no, ya me viene , ya ya ya ya, si si si si siii....."***

La Diosa se corrió profundamente con la polla del esclavo dentro, sintiendo toda su fuerza y vigor.

***"Ya ya, que a gusto me he quedado, ha sido perfecto esclavo, eres un buen macho servidor, no como esta torpe eunuca"***

La Diosa se levantó y se acercó al eunuco.

***" Mira si soy generosa cerda, te voy a permitir que me limpies mi coño de mis jugos, pero hazlo con cuidado, sabes que para ti es sagrado y te está prohibido"***

El eunuco limpió bien todos los labios, el clítoris y el interior, repasando con su lengua todos los pliegues y dejando fresco y lubricado el Sagrario de la Diosa.

La Diosa, se acercó a su trono y se sentó.

***"Sírreme una copa de vino, eunuco, necesito recuperarme"***

El esclavo seguía tendido en tierra bien empalmado.

Ella lo miró con ternura y ordenó

***"Eunuco, mastúrbale, lo merece"***

El eunuco se arrodilló ante el esclavo, y mientras con una mano le masajeaba los huevos, con la otra masturbaba la poderosa verga. El esclavo, estaba muy a punto y pronto exclamó:

"Permiso para correrme Diosa"

***" Si córrete ya, ríndete al placer ante mi mirada"***

La Diosa observó los gruesos chorros de semen que salían de la verga del esclavo, que llegaban a manchar la cara del eunuco, por la presión a la que eran escupidos-

***" Ya está, ya está, tranquilízate"***. Los espasmos del esclavo fueron disminuyendo y solo se oía su ansiosa respiración.

***"Límpialo eunuco, con la lengua. Así de paso vuelves a probar su semen, que eres una glotona"***

***" Y ahora cuando acabes, a la jaula, no quiero que me molestes"***

El eunuco, se volvió a introducir a la jaula, y la Diosa puso el candado, dejando guardada la llave.

***"Levántate esclavo, vas a disfrutar ahora de mis delicias"***

Y ambos Diosa y esclavo se abrazaron y besaron con placer, mientras el eunuco contemplaba sin perder detalle sus caricias y besos de arrebatada pasión.

Autor: vizo

## **El esclavo y el verdugo**

El esclavo salió de su jaula. La Diosa se lo miró de arriba abajo y le gustó el espectáculo.

Efectivamente, el verdugo había hecho bien su faena. Estaba perfectamente depilado y sus partes viriles resaltaban en la entrepierna.



La Diosa se puso un guante de plástico y sopesó los cargados huevos del macho. Desde que lo enjauló hacia seis meses, no le había dado permiso para hacer ninguna descarga y todos los días le sometía a espectáculos bien eróticos que lo ponían a 100, con su verga de 18 cm, preparado como un palo de madera.

***"Estás bien lleno y cargado, esclavo"***

El esclavo se empalmó al sentir la mano de la Diosa apretar su hinchado paquete.

" si Ama"

Un par de bofetones le cruzaron la cara

***"Te he dado permiso para hablar, imbécil?"***

A una seña suya , el verdugo le puso la bola en la boca.

***"Así seguro que no me canso con tu voz, puerco"***

El verdugo lo agarró del cuello al esclavo y lo tumbó en el potro. Le ligó las manos y los pies y lo dejó indefenso a la disposición de la Diosa.

La Diosa se sentó en su pecho, mirándolo con burla.

***" Y ahora qué esclavo??" Te gusta sentir mi peso sobre ti, no?"***

El esclavo babeaba por la bola, y solo pudo proferir unos sonidos guturales.

***"Puerca babosa, eres una puerca babosa, inútil"*** y le sacudió un buen par de bofetones en la cara.

El esclavo cada vez estaba más empalmado. La Diosa se volvió para observar el potente y duro miembro del macho.

***"Pobrecito mío y cómo estas después de seis meses de ayuno y de las que te he hecho pasar"***

***" Sí me lo haces bien, igual hoy tienes una oportunidad"***

Se quitó de encima y se quedó desnuda. El esclavo se la comía con los ojos.

***" Te gusta la visión y tan cerca, no es así puerca?"***

***"Bien verdugo, quítale la bola y límpiale las babas de su sucia boca"***

El verdugo le quitó la bola y le limpió la boca con el tanga de la Diosa, como le ordenó Ella.

***"Ahora vas a disfrutar de una gracia que no mereces, pero hoy estoy piadosa contigo"***

Volvió a sentarse encima del esclavo y le puso su cáliz en la boca, mirándolo fijamente a los ojos..

***" Tienes una oportunidad, idiota, Si me haces correr de placer, igual tengo piedad de ti. Pero hazme disfrutar de verdad, puerca babosa"***

***" Y tu verdugo, ven aquí a besarme los pechos mientras esta babosa me lame y me come el coño"***

La lengua y la boca del esclavo, pronto notaron mojado y lubricado el cáliz de la Diosa, que se movía rítmicamente encima de su cara, sintiendo también la Diosa los labios y los dientes del verdugo sobre sus pechos y sus duros pezones.

***"Con las manos, masajea ahora el pecho y bésame en la boca verdugo."***

El verdugo obedeció, y las lenguas de él y de la Diosa se cruzaron en un apasionado beso interminable, mientras sus manos no paraban de masajear los pechos de la Diosa.

***" Que sientes, puta?" Yo estoy disfrutando de un buen macho, y tu ahí bajo lamiendo. No pares, torpe y lame con ganas."***

La Diosa mientras besaba al verdugo, sentía que le ardía el coño y que le subía el orgasmo.

***" Ya casi no puedo más puta, me voy a correr en tu boca. Verdugo, apriétame bien las nalgas con tus manos que me voy a correr..... si sisi así así así..... más más más.... no pares puta... bébete hasta la última gota de mi orgasmo, allá voy, si si si si siiiiiiiiiiiiiiiiii!!!! "***

La Diosa se fue corriendo profusamente entre gritos y gemidos, medio ahogando al esclavo con sus jugos.

***" Si si si siiiii!! , puta ramera, continua lamiendo hasta que acabe del todo, si si si siiiii!!! ....., trágatelo todo cabrón de mierda"***

Cuando acabó de correrse y mientras el esclavo le lamía sus jugos, volvió a besar profundamente al verdugo en la boca y se levantó lentamente, volviéndose a mirar la congestionada cara del esclavo.

***" Y ahora que puta, pareces que necesitas refrescarte, ja ja ja ja "***

***"Meále la cara verdugo y refréscále, y tu cerdo bebe todo lo que puedas, te vendrá bien, es muy digestivo, ja, ja, ja ja"***

El verdugo obedeció y se sacó su poderoso miembro que también lucía bien empalmado y con cara de satisfacción por humillar al esclavo se meó en su cara , mientras el esclavo intentaba tragar todo lo que podía entre las risas

de la Diosa y del mismo verdugo, que no paraba de reír mientras lo vejaba de tan cruel manera.

***"Ahora estás más fresquito, torpe inútil. Como ves, no hay nada mejor que lo natural".***

***" Bueno queda algo por hacer, pero no te quiero oír"***

Ordenó al verdugo recoger el tanga del suelo e introducirlo en la boca del esclavo y tajarla con la bola.

***"Así seguro que no te oigo, puto cerdo".***

Se acercó al esclavo y le acarició con sus finos dedos los pezones. El miembro del esclavo se empalmó de inmediato.

***" Vale, así te quería ver puta. Tú verdugo, mastúrbale mientras yo me voy a duchar y a perfumar para mi macho alfa, que me espera en su celda para que me lo folle de verdad. Luego que lo limpie todo , le pegas una tanda de 20 latigazos por guarro y lo devuelves a la jaula. Y déjalo bien marcado, luego contaré las marcas de los latigazos y espero que no falte ni una"***

La Diosa abandonó la sala, mientras el verdugo con cara de asco masturbaba al esclavo, que se corrió presa de temblores y convulsiones con sus gemidos ahogados por el tanga y la bola.

Y cuando acabó, todavía el esclavo con los estremecimientos de la corrida, lo ató a la cruz, y con su más temido látigo, restalló 22 latigazos en la espalda del esclavo, 2 de propina pensó, sin hacer caso a los sonidos guturales de dolor y sus contorsiones y disfrutando de la tortura que infligía al muy cerdo.

***"Te lo mereces idiota, estos y muchos más. Espero que la Diosa te deje en mis manos alguna vez sin límite, puto cerdo, y sabrás lo que es bueno".***

Desató al esclavo, que cayó al suelo sometido por el dolor, y le propinó buenos puntapiés.

***"Levántate inútil, que has de limpiarlo todo y volver a la jaula!!"***

Y aguzando el oído, oyó los espasmos y suspiros de la Diosa que se estaba follando al macho alfa.

***"Oyes cerdo, eso si es un verdadero macho con la Diosa, no como tu que solo eres un puto lamecoños"***

Y cogiéndole de la oreja lo levantó mientras se reía y disfrutaba pensando él también en la Diosa y su macho.

*"A limpiar cerdo, tienes 10 minutos, y puedes escuchar esa música celestial de la Diosa con su macho"*

Autor: vizo

## **La Diosa, su macho y la cornuda**

La maricon cornuda y el macho estaban arrodillados delante de la Diosa, que de pie frente a ellos se acariciaba el cáliz por encima del tanga con sus largos dedos.

***Mmm, que placer siento... y más todavía. Ya veo la lascivia en tus ojos, macho. Y tu cornuda vas a sufrir que es lo que te toca, por torpe e impotente.***

Se acercó al macho y posó su cáliz en su boca, todavía tapado por el tanga. ***Cómemelo, macho, así por encima. Y tu cornuda no pierdas detalle.***

El macho comía y lamia el cáliz de la Diosa, y con sus fuertes manos se agarraba de sus caderas y de sus nalgas atrayéndola hacia su boca.

La Diosa se sentía inundada de placer, y miraba de vez en cuando a la cornuda, que a dos palmos del macho, no se perdía detalle de cómo le comía el cáliz mirando con ojos implorantes y llenos de pasión contenida.

***Espera macho, túmbate.***

El macho se tumbó y el mástil de su verga empalmada quedó en el aire.

La Diosa se quitó el tanga y se sentó sobre su cara de espaldas, depositando su cáliz en la boca del macho, que lamia y succionaba sin cesar aquel templo de placer, ya muy húmedo y rezumante.

***Y tu cornuda, a ver qué haces, solo mirar?. Ves pajeando a este macho, que quiero que llegemos los dos a la vez. Pero de mamársela nada. Esta verga es solo mía, cornuda. Y hazlo bien, sin torpezas. Mmmm, que bien me siento, cómo me come el coño mi macho de bien....***

El macho ya notaba la acidez de la Diosa, que tensaba sus músculos invadida por el placer. Y él mismo pajeado por la cornuda, también sentía las oleadas de placer que le subían a su verga.

Cuando la Diosa entre gemidos y jadeos descargó su orgasmo sobre él, el macho se dejó ir y se corrió profundamente, saboreando los zumos de la Diosa y liberando su semen en las manos de la cornuda, que seguía pajeándolo con frenesí.

Cuando la Diosa se relajó, todavía sentada sobre la cara del macho, mientras él la tranquilizaba con suaves lamidas de lengua, ordenó a la cornuda. **Qué haces, inútil, te has quedado tonta. Limpia a mi macho con una toallita húmeda y cuidado con lo que haces, que esos huevos y esa polla solo son míos, y solo te dejo limpiarlos.**

La cornuda limpió al macho, y cuando acabó, la Diosa y el macho se levantaron, con la cornuda de rodillas frente a ellos. Se besaron apasionadamente entrelazando sus lenguas, mientras la cornuda los miraba extasiada. **Inútil, cornuda, no sirves para nada más que para mirar. Besa a mi macho los pies en señal de sumisión.**

La cornuda, beso los pies del macho, mientras la Diosa y él seguían besándose y acariciándose por todo su cuerpo.

Después, ambos se sentaron en el sofá para seguir con las caricias y los besos, y la Diosa ordenó.: **Tu al suelo, cornuda, que mi macho y yo tenemos los pies fríos y necesitamos una alfombra.**

La cornuda pisoteada por los pies de la Diosa y el macho, se consumía de cuernos bajo ellos, mientras oía y sentía los jadeos de placer de los dos, que de nuevo, iban a llegar a un orgasmo muy pronto por la intensidad de las mutuas caricias.

Cuando se volvieron a correr, la Diosa ordenó a la cornuda limpiar a ambos con toallitas húmedas. Y luego, riéndose de ella, la encerró en la jaula, mientras su macho y ella abandonaban la sala para tomarse una copa de vino y saborear sus momentos de placer.

Autor: vizo

## **El Pecado**

El esclavo de rodillas lamía los zapatos de la Diosa, que conversaba con el Ama S sin hacerle ningún caso. Cuando por fin se dignó hablarle, le espetó:

**Y tú qué haces ahí, desnúdate!**

El esclavo se apresuró a obedecer y se quedó desnudo al fondo de la sala.

Con un gesto de la mano pidió permiso para hablar:

Diosa, qué me pongo?, y señaló la bolsa donde llevaba las braguitas y los tangas,

***Las bragas negras usadas de tu mujer, esas te van bien a tu minipaquete, ja, ja ja!!***

Se arrodilló delante de la Diosa y le sirvió a Ella y al Ama S una copa de vino y les pasó el plato de aperitivo.

***Descálzame y lámeme los pies. Hoy no me los he lavado y te van a saber bien.***

El esclavo, lamió y masajeó con crema los pies de la Diosa, mientras Ellas charlaban relajadamente sin prestarle la menor atención.

***Ahora, arrodíllate cara a la pared con los brazos en cruz, que vas a recibir unas cuantas tandas. Tu sabes porqué, no es así??***

El esclavo tembloroso asintió y se arrodilló cara a la cruz con los brazos bien extendidos,

Sintió los pasos de la Diosa acercarse y el primer vergazo en sus nalgas.

***Cuántas tandas debes, esclava, cuántas por torpe y depravada??***

Una lluvia de latigazos y fustazos caían de 10 en 10, sin tregua.

El esclavo entre quejas lastimeras y súplicas de piedad los contaba, hasta que la Diosa harta de oírla le puso la bola.

Luego ofreció la verga al Ama S, indicándole la zona donde tenía que azotar,

Le bajó las bragas y se lo señaló:

***Debajo de los riñones, ahí es el mejor sitio.***

Le quitó la bola, e introdujo en su boca una polla de plástico.

***Ni se te ocurra que se te caiga, chupa y lámela bien como sabes hacer chupapollas i!!ja,ja, ja!!!***

Y mientras tanto le pinzaba los brazos, los pezones, el interior de los muslos con crueles pinzas.

Y seguían las tandas, con paletas y fustas, sin descanso.

El esclavo no dejaba de lamer la polla, mientras la Diosa y el Ama S se reían de él y de su habilidad con la boca.

Sin quitarle las pinzas, la Diosa lo hizo levantar , mientras Ella se acercaba a él.

Le cruzó la cara con varias series de bofetones.

***Tú qué te has creído, que me puedes despreciar así dejándote dominar por un machito cualquiera??. Es un insulto para mí y no mereces renovar tus votos anuales, inútil!!***

El esclavo gimoteaba compungido. No Diosa, no es eso, es que soy un débil, yo no quería, pero se aprovechó de mí....

Unos buenos bofetones volvieron a cruzar la cara del esclavo.

***No me sirven tus explicaciones cerdo. Me has fallado y has perdido la confianza que te tenía. Para qué estoy yo si cualquier intruso te puede dominar e insultar sin pedirme permiso. Es vergonzoso y no has tenido en cuenta el mal que me hacías.***

El esclavo con lágrimas en los ojos sollozaba implorando perdón de la Diosa.

La Diosa, volvió a sentarse en el Trono, y ordenó que se arrodillara ante Ella.

Le quitó las pinzas, y mientras le pisaba las manos volvió a abofetearle.

***No mereces nada, no sé ni cómo te aguanto inútil!!***

Lo hizo tumbar en tierra, y utilizó su cara para alfombra de sus pies, mientras a veces le introducía el pie en la boca y con el otro, le propinaba buenas patadas en la entrepierna de esclavo.

Ella y el Ama S, seguían comentando el pecado del esclavo y lo enojada que estaba la Diosa.

Con el esclavo bajo Ella, le hizo abrir la boca, y mirándolo atentamente salivó sobre él, que tragó la deliciosa saliva de la Diosa

Lo hizo arrodillarse otra vez ante Ella, y en un momento de clemencia, puso la cabeza del esclavo en su regazo y comenzó a acariciarla.

Pero otra vez la ira se apoderó de Ella, y sujetó un cordón alrededor del cuello del esclavo, ahogándolo y levantando su cabeza. Mirándolo a los ojos mientras lo asfixiaba, le gritó:

***Nunca más, entiendes, nunca más esa bajeza!!***

El esclavo con un estertor agónico asintió, mientras el cordón lo ahorcaba.

En el último momento, la Diosa dejó de apretar, y la cabeza del esclavo volvió a caer en el regazo de la Diosa, con su boca al lado de su Sagrado Cáliz, que solo podía notar a través del ajustado pantalón de la Diosa.

Así estuvieron un largo rato, mientras la Diosa y el Ama S conversaban y el esclavo callado, gozaba de las delicias de la proximidad del Templo de la Feminidad de su Diosa.

***Levántate, vístete y esta vez te perdono, pero estás sucia, no puedes renovar tus votos. Ya veremos más adelante, cómo va todo y cuál es tu comportamiento..... retírate ya de mi vista.... Ya tendrás noticias mía..... largo de aquí, ya me cansas.....***

El esclavo le beso los pies y en silencio se vistió y abandonó la sala.....

Autor: vizo

## **Bloody Olimpia**

La Diosa Olimpia ya hacía años que había pasado de los cincuenta pero nada en su cuerpo ni espíritu hacía ver el paso del tiempo. Su cutis, la ausencia de arrugas, las formas de su escultural cuerpo, sus manos, todo en ella olía a juventud y frescura eterna.

La Diosa, sabía los motivos. Su afición desde temprana edad a la sangre humana, más específicamente a la de los hombres, le proporcionaba todos los atributos para conservarse inalterable. Sólo en ocasiones la dureza de sus gestos, daban entender una madurez muy superior a la que aparentaba.

Al levantarse, ya le había hecho saber a la sumisa hematóloga que hoy quería sorber al obeso NY11.007, para desayunar. Olimpia no entendía muy bien la codificación, pero sabía que esa sangre era la que más le iba a venir bien. Era una sangre ácida, con mucha hemoglobina, y con sabor a fresas. Y el obeso podía darle una buena ración.

Luego de ducharse y vestirse con ajustado vestido de raso, bajo a las mazmorras. Sus sumisas ya habían preparado al gordo que de rodillas esperaba la llegada de la Diosa.



**" Eres feliz, no cerdo, sabes que te voy a sorber",** le dijo mientras lo abofeteaba.

El gordo, como los demás esclavos , tenía ya preparada la vía en la yugular y sólo había que aplicarle la cánula y darle a sorber a Olimpia.

Olimpia dio un primer largo sorbo. Era muy agradable su sabor y efectivamente era lo que le apetecía. Pero quería algo más de burbujas.

**"Masturbar a este cerdo, quiero más oxígeno"**

Una de las sumisas, le agarró el miembro y empezó a frotarlo con ritmo, hasta que el gordo se empalmó y rompió a sudar.

**"Así me gusta más, ya va teniendo más burbujas"-**

Olimpia sorbía la sangre del cerdo esclavo, mientras este iba perdiendo el color por la pérdida de sangre y por la excitación de la masturbación.

Olimpia paró de sorber, y hecho sangre en una copa.

**"Pruébala , Helena, ya verás que diferente es a la de ayer. Tiene más cuerpo, y todavía tendrá más cuando se corra. Pero esa es para mí"**

Helena, que era una de sus sumisas preferidas, paladeó la sangre.

**"Si Diosa, sabe a frutas amargas, es deliciosa"**

Olimpia seguía sorbiendo y el cerdo esclavo ya estaba a punto de correrse .

Ella notó el cambio de sabor y avisó a la sumisa que lo masturbaba.

**" Recoger su semen, que es de buena calidad y después me viene bien para los helados"**

La esclava, introdujo la verga del cerdo en un recipiente. La corrida era inminente.

Olimpia chupó con ganas mientras el obeso se corría, y notó ese leve cambio de sabor que daban las hormonas cuando fluían en la sangre. Era el mejor momento. Éste y cuando el esclavo caía exánime por la pérdida de sangre.

Y el momento llegó ya. El obeso miró al vacío con ojos estrábicos, y blanco como una sábana se desplomó inconsciente. A Olimpia le producía una gran excitación el dejar exhaustos a los esclavos, y gritó de placer cuando el cerdo quedó tumbado a sus pies. Helena ya sabía que hacer: con su mano experta introdujo sus dedos por bajo de la falda en el sexo húmedo de la Diosa y la hizo acabar de explotar de placer.

**" Gracias Helena, estaba casi pero tu ayuda me ha venido muy bien. Parece mentira lo que ha aguantado el gordo. Y ahora aquí lo tenemos desmayado",** y le propinó un puntapié al cuerpo caído.

**" Llévároslo a su jaula, ordenó, y darle lentejas para que se recupere, creo que mañana voy a volver a desayunar con él"**

Subió con Helena las escaleras, dejando allí en las mazmorras a su corte de esclavos sumisos donantes de sangre para su Diosa, bien enjaulados e identificados con sus códigos.

**Qué bien organizado lo tengo!,** pensó orgullosa. **Ahora habrá que ir pensando el menú del resto del día.**

Autor: vizo

## **Marlene e Inma**

*Marlene?? Soy Inma la mujer de este degenerado de sumiso tuyo Victor... nos podríamos ver???*

**.. Si claro, cuando quieras, pasa algo???** **Vente por Palacio, tu marido sabe dónde es...**

*Gracias Marlene, me arreglo estamos en un par de horas ahí....*

*Vamos Victor, Tu Diosa y yo hemos de charlar sobre ti de mujer a mujer y qué hacemos contigo....*

Marlene recibió a la pareja guapísima, con unas mallas negras y su cabello rubio suelto....

Inma se la quedó mirando .. *Marlene estás guapísima....*

***Gracias Inma. pero dime y pasa a la Sala del Trono.***

Ambas mujeres se sentaron con victor desnudo arrodillado ante ellas.

***Ponte cómoda Inma, Quédate más ligera de ropa,. Hace calor...***

Inma se quedó con ropa interior y Marlene se quitó las mallas, luciendo un minitanga.

*Es por esta cerda maricona, Marlene, no funciona en la cama... no me da placer...estoy harta..*

***Bueno tu y yo podemos también conseguirlo sin su misérrima colaboración... Bésame Inma..***

Inma y Marlene se besaron profundamente entrelazando sus lenguas y sus manos buscaron sus respectivos sexos acariciándose...

***Con los brazos en cruz cerda.***

victor desnudo y arrodillado con los brazos en cruz contemplaba como Inma y Marlene se besaban y acariciaban...

Inma se tendió en el suelo y Marlene ya sin tanga se sentó sobre ella de espaldas, depositando su coño en la boca de Inma mientras la masturbaba con sus dedos...

Ambas mujeres estaban empapadas y la primera que se corrió fue Inma que aunque sofocada por el peso de Marlene y su coño en la boca aullaba de placer....

Marlene ya tranquila, se enderezó y se preparó a descargar su orgasmo en la boca de Inma. Los besos y la lengua de Inma la recorrían toda y cada vez más iba en aumento su tensión de placer....

***Me corro Inma, bebe todo mi orgasmo..... voy ya.....***

Inma en la absoluta oscuridad sentía todo el fluir de las esencias de Marlene, bebiéndoselas con glotonería..

Cuando acabó de correrse, Marlene se levantó y propinó dos fuertes bofetones a victor...

***Ya ves que no necesitamos nada de ti, puta cornuda*** Luego, ambas se sentaron besándose y acariciándose, con tiernas palabras de amor femenino sin preocuparse de victor que seguía de rodillas con los brazos en cruz ante ellas mirándolas con ojos sumisos....

Autor: vizo

## **Bloody Olimpia 2**

Olimpia subió a su despacho, a la sala del Trono, como la llamaban sus sumisas. Helena le pasó la carpeta de cuero donde se guardaban los documentos de sumisión para aprobación final. Hoy era día de Audiencia a los aspirantes a donantes, y Olimpia ojeó el primer expediente.

***"Vaya, es Aurelio, el inspector de Hacienda que me quería levantar un Acta. Se ve que quedó impresionado con la visita e hizo alguna averiguación. Veamos"***

El informe hematológico de Aurelio era bueno como donante. Sangre rica en hemáties, con mucho colesterol, con alta glucosa, de ph básico, y grupo universal positivo.

El psicotécnico, correcto. Con su aspecto serio e inquisidor, era un sumiso convencido, que le gustaban las palizas y las humillaciones. Y la salud, de hierro, sin problemas respiratorios ni de corazón. Andrea, su sumisa Médica, hacia siempre un buen trabajo.

Aurelio había firmado ya un contrato 24/7 de un mes, el plazo normal de internamiento; sólo faltaba la firma de ella, de la Diosa, y quedaría internado en la mazmorra. Olimpia, lo mandó llamar.

Lo trajeron hasta su presencia desnudo, como correspondía. Aurelio, a la vista de Olimpia, se arrodilló, bajando la cabeza con la mirada puesta en el suelo.

***"Así me gusta, esclavo, que sepas lo que tienes que hacer en mi presencia. Siempre de rodillas y sin dirigirme la vista ni la palabra, si no eres preguntado"***

La Diosa observó a Aurelio. En el informe ponía 45 años, pero parecía más mayor. Ella lo recordaba trajeado y con su cartera de cuero, pero desnudo desmerecía. Bueno pero tampoco eso era lo importante.

Se acercó al esclavo, y le puso uno de sus pies a su alcance. El esclavo besó el zapato ávidamente, lo que le valió una fuerte patada en la cara.

***" No te he dado permiso esclavo, solo era para que lo adoraras"***

Aurelio, con un hilo de sangre por el labio, levantó la cabeza-

*"Perdón Diosa"*

Una bofetada le cruzó la cara.

**"No rechistes esclavo, tampoco te he dado permiso para hablar".**

Olimpia veía caer al suelo la sangre del labio de Aurelio y ya se le hacia la boca agua.

**"Helena, dile a las enfermeras que procedan. Voy a probarle "**

Una experta enfermera, le clavó el agujón en la yugular y le puso una vía. En la frente de Aurelio, perleaban las gotas de sudor.

Le dieron una cánula plateada a la Diosa, que se arrimó al esclavo, poniéndole una rodilla en el hombro. Luego, adaptó la cánula a la vía y la abrió para empezar a sorber.

Paladeó la sangre de Aurelio e hizo gestos de sorpresa. **" Está muy amarga, qué has comido hoy cerdo?"**

Aurelio, mientras la Diosa seguía sorbiéndole respondió:

*" sólo un vaso de leche de soja, Diosa"*

La Diosa paró de sorber y se la dio a probar a Helena.

*" sí de verdad, está muy amarga"*

La Diosa se dirigió a Aurelio: **" No mereces ser mi esclavo, no tiene buen sabor tu sangre. Tú lo deberías haberlo sabido y habértela hecho probar por alguna dama antes de presentarte ante mí. Todos lo hacen cuando tienen dudas. Pero antes de soltarte te van a sorber mis vampiritas hasta que te desmayes. Tómallo como un premio ya que no vas a volver aquí nunca más. cerdo"**

Con una palmada, se presentaron dos de las sumisas vampiritas, como la Diosa les llamaba, por su afición desmedida a la sangre de hombre.

**"Es vuestro, pasarlo a la celda de recepción y repartiroslo hasta que se desmaye. Sorberlo a gusto, todo es vuestro"**

Las vampiritas cogieron a Aurelio de los sobacos y se lo llevaron entre risas. Aurelio gimoteaba y balbucía palabras como piedad, compasión, pero nadie le hacía caso. Lo iban a sorber hasta caer inerte. Y luego, a las dos o tres horas, cuando se recuperara, iba a ser expulsado para siempre del Palacio de Bloody Olimpia.

La última imagen que se le cruzó por su mente, antes de desmayarse,

mientras le sorbían las vampiritas por turno, fue la de la Diosa inalcanzable en toda su espléndida belleza y majestad.

**"Y ahora quien toca",** inquirió la Diosa a Helena.

"Federico, un joven de 30 años, muy atlético. Tiene también buenos informes médicos y psicotécnicos. Es masoquista. Sangre con bajo colesterol, sin azúcar ,ácida. Y A negativo

**" Hazlo pasar, tengo prisa"**

Federico, también desnudo, pasó a la sala del Trono. Como no se arrodilló, una de las sumisas, le pegó un buen rodillazo que lo hizo postrarse.

*" No te han enseñado modales, esclavo??"*

Cuando intentó decir algo, la sumisa le puso una mordaza,

*"Calladito estás más guapo, no le parece Diosa?"*

**" Si, ya estoy harta de tonterías, pincharle la yugular y darme otra cánula"**

La Diosa no perdió el tiempo y sorbió a Federico. Esta vez el gesto se le dulcificó, mientras le salía algo de sangre por la comisura de los labios

**" Bueno esto es otra cosa. Bien cuidada esta sangre creo puede llegar a ser una Gran Reserva. Pruébala Helena",**

Helena lo sorbió también y aprobó con la cabeza. " Excelente , Diosa"

La Diosa siguió sorbiendo a Federico.

**"Sabes esclavo, me gusta tu sangre. Con un poco de cuidados, vas a ser uno de mis donantes preferidos"**

Y pegó otro fuerte sorbido al esclavo, que ya empezaba a marearse.

Miró el contrato de donante del esclavo. **" sólo 15 días??, cerdo, de eso nada, por menos de un mes no firmo"**. Federico, con la mordaza en la boca, asintió con la cabeza en señal de conformidad.

**"Así me gusta, sumiso, que obedezcas a la primera"**

Y firmó el contrato que Helena fue a guardar a la caja fuerte.

" Llevarlo a la jaula, y que se recupere bien.", ordenó a las sumisas.

Y apretando con su mano la cara de Federico, le espetó

**"Alegra esa cara esclavo, que ya eres mi donante. Esta tarde te sorberé para merendar, y haré que te masturben mientras te bebo. Ya ves que cuidado a mi rebaño"**

Federico, entre mareado y feliz, se dejó arrastrar por las sumisas.

Olimpia observó cómo se lo llevaban. **" Bien , ya hemos repuesto a Andrés, ya tenemos las jaulas llenas".**

Helena, se acercó con la agenda. " Diosa, tenemos mucho que hacer"

**" Si Helena el ser una Vampira, tiene muchas obligaciones"**

Autor: vizo

## **Reencuentro**

Hoy me he sentado a divagar. Debe ser que las tardes lluviosas de estos gélidos inviernos invitan a ello. Una manta, café caliente entre las manos, un libro olvidado, y esa ventana. Su ventana, mi ventana.

Nunca antes, ni aun ahora, le di demasiada importancia a las cosas materiales más allá de la mera funcionalidad, pero aquí es distinto. Estas cosas aparentemente inertes que me rodean, tienen vida, tienen mi vida y Su vida condensada en su uniones. Era frente a esta ventana donde cada tarde de viernes esperaba paciente Su llegada y ese sentimiento de complicidad que reflejaban nuestras sonrisas mientras Él introducía la llave en la cerradura de la entrada.

A ojos del mundo que nos rodeaba no había más que un gesto cotidiano, de los que pasan inadvertidos, y se mueren entre recuerdos importantes, entre facturas y las mirillas de las puertas cerradas de los vecinos. Sin embargo a los nuestros, se dibujaba como un todo, ese gesto era... nuestros principios y nuestros filanes, el hormigueo en el estómago, el deseo en las miradas y la impaciencia en el cuerpo. Era el instante en el que me regalaba Su primera carcajada cuando yo desaparecía corriendo hacia la entrada y

arrodillada espera a abrazale las piernas. Nunca hubo nombres entre nosotros, ni protocolos, ni cadenas de hierro. Todo era más liviano, quizás aquellas cosas no nos eran necesarias y Él comprendía de mi expresión que era Suya, al igual que yo de las manos que me rodeaban que Él nunca me dejaría caer.

Pero la vida es caprichosa, y en su enorme función nos trata las veces como títeres, unos quedamos guardados en los cajones, mientras otros deben dejarse llevar y salir a escena. Ese era Su destino y la mayor de las pruebas a la que ambos nos hubieramos enfrentado jamás.

Ayer, en mi teléfono volvió a sonar aquella melodía que dormitaba desde hacia meses. Creí que soñaba, que la mente y los recuerdos juegan a veces malas pasadas y sin darnos cuenta nos parecen ciertos los meros deseos, y allí quedé... contemplando de lejos el lugar de donde procedía ese delicioso sonido que tantas sensaciones despertó en mi en el pasado, paralizada, absorta, como si todos mis sentido se hubieran transportado a otro lugar, envuelta entre esas notas que me arropaban de nuevo. Pasados unos instantes la melodía cesó, y como si la realidad golpease mi cuerpo volví en mi sintiéndome más pesada que nunca. Alegría. Tristeza. Melancolía. Esperanza. No sabría decir exactamente lo que me embrigaba en ese preciso momento, tal vez todo ello, tal vez, la borrosa nitidez de tocar un sueño con la yema de los dedos.

Comencé a llorar y reír a partes iguales, como si la locura se posase en mis labios me resultaba difícil acallar las carcajadas mientras intentaba frenar los ríos de lágrimas que tanto tiempo llevaban contenidos, y salté, salté tan alto como pude, me abracé a mi misma, pronuncié monosílabos afirmativos como un mantra y agradecí mil veces que fueran esas notas las que rompieran mi tranquilidad, las que hicieran resurgir de mi interior aquello que pensaba muerto.

Pasados unos minutos y aun un tanto inquieta tomé el teléfono queriendo asegurarme de que era real, de que Su nombre aparecería en el último lugar de las llamadas entrantes, y ahí estaba, "Sssh!!!". Al leerlo el nerviosismo volvió a mi haciendo que el teléfono se me escurriera entre los dedos y una sonrisa incontrolable se adueñase de mi rostro, recordé el por qué de ese apelativo, el poder que puede llegar a tener una simple onomatopeya, el cómo un simple sonido salido de Sus labios podía provocar en mi sensaciones tan opuestas que se ligaban sin siquiera darme cuenta a los milimétricos movimientos que variaban Su rostro al silvar ese "ssshh". No podía devolverle la llamada en esas condiciones así que eché mano de una de esas técnicas básicas de relajación que dicen que funcionan, cerrar los ojos, dejar la mente en blanco y respirar profundamente...



Minutos después descubrí que en mi no debían ser efectivas, o tal vez su efectividad como la de tantas otras cosas, se disolvía en Su presencia. Pude notar esa sonrisa Suya al otro lado de la línea que me hacía saber que, pese a mis esfuerzos a veces por que no lo consiguiera, Él era capaz de adivinar lo que me recorría por dentro. Ni siquiera recuerdo muy bien sobre qué hablamos, tan solo recuerdo mi atropellado discurso intentando poner una excusa aceptable y que no sonase desesperada para no haberle respondido a la llamada; no lo conseguí y así me lo hizo saber diciéndome entre risas que siempre se me dio muy mal disimular.

Concretamos una hora, las 12 de la noche, pero esta vez no pasaría por casa, había alquilado un pequeño apartamento en el centro y sería ese nuestro lugar de encuentro.

Hasta la llegada del momento hice cuanto pude por mantener la mente ocupada, ordenar armarios, salir a correr, incluso preparar un bizcocho... precisamente cosas que no son de mi gusto, y finalmente, un largo baño, en completo silencio dejando que mi vista se perdiera en el agua. Estuve bastante tiempo ahí, como si analizando la transparente superficie mis pensamientos también fueran a volverse más claros, pero no, ellos seguían siendo un torbellino de desconcierto, tan borrosos como mi cuerpo se adivinaba en el fondo de aquella bañera...

Un par de horas más tarde me encontraba de camino hacia la dirección que me indicó dividida por sentimientos extraños. Una parte de mi pedía pisar a fondo el acelerador para poder verlo cuanto antes mientras la otra imprimía con fuerza mi cuerpo al respaldo como si así el tiempo fuera a ralentizarse. Treinta minutos y unas cuantas canciones a todo volumen después, estaba allí.

Pasar tantos meses sin a penas noticias, jugaba tanto a favor como en contra, pero ahí seguíamos, yo frente una puerta que no sabía si terminaría llevándome a un lugar definitivo a Su lado o al abismo más absoluto; mientras Él, seguramente, estaría como siempre acomodado en esa elegante seguridad de saberse con todo bajo control, esperando tranquilo que sonase el timbre que anunciaba mi llegada.

En ese momento, más que nunca antes, necesité que todo fuera blanco o negro, todas las prisas que nunca tuve se me agolparon en la garganta, y todos los miedos que nunca sentí mientras estuve a Su lado invadieron ese rellano sin avisar. Ya todo tenía un nombre y un por qué para mi, y por una vez necesité -ansié- que lo tuviera para ambos, y fui consciente de que un hilo de rabia y rencor se enredaba en mis tobillos y me impulsaba a salir corriendo de allí.

Pero entonces comprendí, frente a esa fría puerta, que... a veces las cosas no son como nuestros ojos desean mostrarnos, y volví a saberme pequeña a Su lado. Era yo la única que desconocía las palabras que sin pronunciar Él supo enseñarme, de Su mano, insertándolas en cada noche, encondiéndolas en cada desayuno, cuando me susurraba al oído e incluso en los eternos silencios a los que me hacía enfrentarme. Y me sentí afortunada, agradecida, y a la vez ridícula por no haberme dado cuenta antes de Su juego, de ese otro mundo maravilloso que para mi construía cada día y del que, sin llegar del todo a saber, yo era una pieza clave.

Comprenderlo me alivió, pero al mismo tiempo las dudas y las preguntas recorrían de un lado a otro mi mente. ¿Debía ser yo quien se lo hiciera saber? ¿debía decirle que había entendido quién era y qué significaban todos aquellos sentimientos y necesidades ocultas que solo se mostraban ante Él? o ¿debías esperar y dejar que fuera Él quien decidiese cuál era el momento adecuado para ponerle palabras? Después de todo, siempre sentí que Él me conocía mejor que yo misma.

A penas llevaba unos minutos frente a la puerta, y el caos ya se había instalado en mi cerebro. Ideas, preguntas, dudas, miedos, deseos, el pasado, las posibilidades que se abrían... y como de la nada, el presente tocó con su índice mi frente.

- Buenas noches...

Ojiplática, quise que me tragara la tierra, era como si un desconocido me hubiera pillado en una situación comprometida, y tartamudeando hice por devolverle el saludo intentando que de mi cara no adivinara más que el hecho de que había maquillado un poco.

- ¿Te encuentras bien?

Tampoco a Él se le daba demasiado bien disimular, y la sorna era más que evidente en su pregunta, de modo que le respondí de vuelta deshaciéndome del abrigo.

- Tremendamente bien -le dije sonriendo, fingiendo una seguridad que no tenía cuando fui consciente de que la única prenda que cubría mi cuerpo había quedado envuelta a mis tacones-. ¿No te parece?.

Ahora el ojiplático era Él, ni por asomo habría esperado que hiciera algo así, Él sabía perfectamente que ese tipo de comportamiento no iba con mi carácter, pero yo, convencida de lo que había iniciado, le dediqué la mirada más dulce e inocente que pude construir.

- ¿Me vas a dejar pasar o no te agrada lo que ves?

Era evidente que sí Le agradaba lo que veía, que eso, como todo lo demás y para mi desgracia en ese instante, seguía igual entre nosotros.

Con la pasmosa serenidad que Le caracteriza se cruzó de brazos y, mientras apoyaba su hombro en el marco de la puerta, movió con suma lentitud su cabeza de un lado a otro, me dedicó una de sus pérfidas sonrisas y clavó Sus ojos en los míos.

Mierda, pensé, había perdido antes de empezar. Odiaba sentirme observada de la forma en que Él lo hacía, pero yo empecé el juego, y no quería echarme atrás. Intenté olvidarme de que estaba a penas a unos metros de la acera, de que cualquiera podría vernos. Solo pensaba en ganar ese pulso, no podía resultarle tan fácil desbaratarme, así que tras devolver a la suya la mirada más desafiante que pude, intenté concentrarme en sus labios. No fue buena idea, debí escoger algún punto en la pared, pues eso solo sumó a la incómoda situación la frustración de querer besarle y no poder, de tener que soportar su mirada escudrinándome, paseando por cada pliegue, quemándome, como si sus ojos tubieran la extraña capacidad de transpasar mi piel, mientras yo me autoobligaba a permanecer impassible, como si acaso pudiera finjir que existía en mi alguna parte en la que Él no pudiera influir.

- Date la vuelta

Habían desaparecido los tonos de diversión de Su voz, era más ronca ahora, más fría, y pese a no ser este un atributo acertado, para mi entonces Su voz era más grande, enorme, desmedida. No salía de Su garganta, eran Sus visceras las que pronunciaban esas palabras. Tragué saliva y alcé la vista unos cuantos centímetros esperando encontrar en Sus pupilas el sosiego que no tenía, pero en ellas lo único que encontré fue espectación, de modo que comencé a girarme, muy despacio, tanto como pude, más por miedo a que mis templorasas piernas de hicieran caer que por contribuir a su silente petición.

De espaldas no era tan malo, no podía verle y contar los coches aparcados me distraería mientras Él daba por finalizada Su...inspección ocular. Creo que no alcancé a contar más de dos.

- Deberías recoger el abrigo... se va a ensuciar.

Ahora lo pienso, y debí haber optado por flexionar las rodillas para agacharme a recogerlo, pero en un acto de gallardía, no lo hice, no podía permitirme a mi misma que me doblegase con solo mirarme, si quería observar, no sería yo quien le pusiese trabas a Sus deseos por muy ridícula que yo me sintiera. Así que escondí la vergüenza en lo más profundo de mi, separé ligeramente las piernas y me incliné dejando mi sexo tan expuesto como pude a Su escrutinio. Tomé el abrigo, y manteniendo la posición, empleé una mano para limpiar con parsimonia algunas manchas de polvo inexistentes. Tan concentrada estaba intentando mantener esa apariencia de seguridad, ese juego entre la complacencia y mi afán por ganar Su

pulso a mi timidez que no me percaté de Su movimiento tras de mi. Mi esimismo duró poco, tan poco como Su cinturón tardó en restallar sobre mis nalgas.

Fue solo un golpe, certero e intenso, con matices de paciencia colmada y lección por aprender, que sentí recorrer mi cuerpo como una descarga eléctrica. Todos mis músculos se tensaron a una; desprevenida, toda yo me transformé instantáneamente en un bloque de hormigón armado que se habría desplomado de no ser porque las palmas de mis manos estuvieron hábiles anclándose al suelo. El frío se esfumó de mis pezones. Había provocado una ola de intenso calor que me barría, que una y otra vez, en un baile interminable, trepaba por mi espalda y me punzaba el estómago. Me ardía el rostro, mi boca estaba seca y podía sentir cada una de mis aceleradas pulsaciones en el trasero.

Apreté la mandíbula tanto como pude y cerré los ojos con fuerza esperando el siguiente. Había olvidado que con Él, nunca acertaba.

- Incorporarte.

Condensando tanta serenidad como me fue posible, lo hice, e instintivamente agaché el rostro, no era eso lo que yo esperaba conseguir. Me sentía bastante ridícula, y lo peor, después de todo, el abrigo seguía en el mismo lugar, Su llamada de atención y las abrumadoras sensaciones me hicieron olvidar que debí haberlo recogido.

- Puedes hacerlo ahora.

Era como si se colase en mis pensamientos y eso, me aturdió. Esta vez sí, flexioné las rodillas y me agaché a recogerlo. Cuando me levanté me lo arrancó de las manos, y permaneciendo a mi espalda lo colocó sobre mis hombros frontando ligeramente mis brazos. Se sentía bien, pero no lo suficiente. Necesitaba verle, tenerle frente a mi, que me rodease entre Sus brazos, saber de alguna forma que Él también me echó de menos. Llevábamos meses sin tenernos cerca ¿cómo podía mostrarse tan impasible?.

Fueron a penas unos segundos, pero el silencio, roto únicamente por el sonido que generaba el viento entre las ramas de los árboles, se hacía cada vez más denso. Al poco, Sus pasos comenzaron a alejarse a mi espalda, cada uno de ellos retumbaba en mi de una forma ensordecedora, y finalmente, un golpe seco. La puerta se había cerrado tras de mi. Estaba tan aterrada que ni siquiera me atreví a girarme. No, no quería darme de cara con esa puerta cerrada, no podía ser. ¿Por qué hacía eso? Nunca había sentido tal angustia. ¿Eso era fin? ¿En el adiós tampoco habría palabras? Jugaba, ¿estaba jugando?.

Autora: delicias

## Reencuentro II

Tan solo la posibilidad de que todo se hubiera terminado para siempre me desgarraba. No quería enfrentarme a eso. Tal vez, podría quedarme eternamente de espaldas a esa puerta, dejarlo así, sin concretar y que ambas posibilidades siguieran estando ahí: el para siempre y el nunca jamás.

Undí el rostro entre las palmas de mis manos ahogándome en mi miseria. Era ridículo. Lo que debía hacer era marcharme de allí sin volver la vista atrás.

Pero no podía, lo que mi mente y orgullo me decían poco o nada tenía que ver con lo que mi alma y cuerpo sentían. En algún momento tendría que salir y yo seguiría allí, esperando, consumiéndome.

No quería llorar, las lágrimas de tristeza no van conmigo, yo soy una persona resolutiva, fuerte, capaz de sacar su mejor cara cuando las cosas no van bien, siempre he sido así, sin miedo a vivir lo bueno o malo que me presentase la vida. Así que, me re Coloqué el abrigo, metí las manos en los bolsillos y permanecí con la mirada al frente.

Mentalmente, y para distraerme, comencé a contar con lentitud. Uno, dos, tres, cuatro... diez, once... cuarenta y cinco, cuarenta y seis.. ciento veintiuno... Perdí la cuenta en el cuatrocientos y algo cuando el camión de recogida de basura cruzó la calle. Volví a empezar. Uno, dos, tres, cuatro... diez, once... Pero esta vez me resultó más difícil seguir, comenzaba a ser consciente de que llevaba bastante tiempo allí y Él no se hacía presente, ni tan siquiera daba muestra alguna de saber que, yo, seguía esperándole.

Tenía que encontrar otra cosa con la que mantenerme ocupada...

¡Lo tenía! Canciones de la infancia. Eran alegres, y lo suficientemente ridículas como para hacerme reír un poco.

El señor don gato -muy oportuna, sí- fue la tercera o cuarta que taladró mi mente, pero antes de que pudiera terminarla, se abrió de nuevo la puerta. Saqué las manos de los bolsillos y me quedé tan quieta como pude -como si fuera parte de una tropa militar a la que pasan revista, así me vi-. Unos pasos se acercaron a mi, después... ¿otros?. No daba demasiado crédito a lo que escuchaba, pero sí, por cada uno de mis flancos dos hombres vestidos completamente de negro atravesaban el lugar, bajaban los pocos escalones del porche y se perdían en la noche. Y así, sin más, la puerta volvió a cerrarse.

Pero esta vez había alguien más conmigo, notaba su presencia, podía escuchar levemente su respiración. Me puse alerta y tuve la instintiva necesidad de dar un paso al frente, de aumentar la distancia que me separaba de quien quisiera que estuviese a mi espalda, y cuando me disponía a ello, pude verlo. Uno de aquellos hombres regresaba, y yo no iba a quedarme allí a averiguar quienes eran, si eso era una prueba, o una broma, había llegado demasiado lejos.

Ni siquiera pude moverme, justo antes de que pudiera echar a andar el individuo que se encontraba a mi espalda me tomó del cuello y me tapó la boca. Muerta de miedo intenté gritar, Él debía estar dentro, debía lograr que me escuchase. Me resistí, intenté propinarle algún codazo, clavarle los tacones, pero me ahogaba, el aire no llegaba a mis pulmones, me ardía el pecho, notaba como mis pocas fuerzas se quedaban atrás y aquel otro sujeto estaba ya a apenas unos metros. Me eché a llorar aterrada, completamente fuera de mí, y entonces, aquel "sssshhh" se posó como la caricia de una pluma en mi cuello, su mano liberó mi boca y se perdió para volver a aparecer sobre mi hombro sosteniendo las llaves de un coche. El hombre vestido de negro ya estaba frente a mí, y se limitó a tomar las llaves y despedirse educadamente.

Saber que se trataba de Él me dejó definitivamente inerte. Las tranquilizadoras palabras que pronunciaba bajito a mi oído se colaban a través de mí, se me escapaban sin llegar a escucharlas, eran solo un murmullo que mi anestesiado cerebro no asimilaba como tampoco llegaban a él las imágenes que captaban mis ojos, clavados en un punto fijo, en cualquier lugar, como si me hubieran trasladado a la más inmensa oscuridad, al vacío más absoluto.

Un conocido olor comenzó entonces a traer de vuelta mis sentidos. Sin ser aun capaz de que mi cuerpo llegara del todo a obedecerme recosté mi cabeza en Su pecho y cerré los ojos permitiendo que ese olor me embriagara por completo. Poco a poco fui notando como Sus brazos me rodeaban... Su nariz undida en mi cabello... Me pegué a Él tanto como pude, no quería dejar escapar ni un solo ápice de ese delicioso perfume, y recorrí de un lado a otro Su cuerpo respirando cada uno de los increíbles matices que lo componían, me perdí en Su cuello, perfilé Su mandíbula y exprimí cada surco de Su ropa mientras la palma de Su mano me obligaba a presionar mi cuerpo contra el Suyo. Queríamos ser solo uno, podía sentirlo al fin.

Nuestras caderas empezaron a bailar en sincronía, despacio, en un sutil baile que invitaba a cerrar los ojos y dejarse llevar. Comenzó entonces Su mano a recorrer el perfil de mi cuerpo, descendía hasta el límite de mi abrigo para volver a subir y dejarse caer de nuevo hasta acomodarse en mi cadera. Me sujetaba con fuerza entonces, y cerraba Su puño alrededor de la tela cuando Sus labios tentaban los míos sin apenas rozarlos. Entreabrí la

boca, necesitada beber de Él, que bebiera de mi, y volver a sentir Su incansable lengua enredada en la mía. Sonrió, liberándome momentáneamente de la presión de Su brazo y el peso de Su cuerpo me fue llevando a dar de espaldas contra la puerta.

Me tomó de la mandíbula y Su pulgar se dispuso entonces a describir mis labios, primero con suavidad y una lentitud que contribuía aun más a mi sed, después, ejerciendo una deliciosa presión hasta terminar colándose en mi boca. Actué en respuesta, acloplando mi lengua y mis labios a Su forma, recorriéndolo de principio a fin mientras mi mente no paraba de pensar en la evidente erección que se hacía notar tras Sus pantalones. Era esa la parte de Su cuerpo que deseaba adorar hasta dejarle exhausto y arrastré todo el deseo que bullía en mi a paladear Sus dedos.

Se hizo breve mi reclamo, a los pocos instantes se había enredado en mi pelo obligándome a elevar el rostro, Su otra mano se había colado bajo mi abrigo y delineaba una otra vez con Su índice los límites de mi trasero. Su rostro próximo al mío, Su mirada exprimiendo la excitación que bañaba la mía, descendía, se clavaba en mis labios y comenzaba el ritual de la punta de Su lengua humedeciéndolos. Volvía a tomar distancia, rebasaba mi ojos, y Su lengua perfilaba de nuevo mi boca. Era exasperante, yo no quería dulzura ni arder a fuego lento, tan solo deseaba atar mis piernas a su cintura y que me follase allí mismo, contra esa puerta en mitad de aquella avenida, y Él, lo sabía, y contenía los envites que en mi provocaba esa dulce tortura sujetándome con fuerza del pelo.

Satisfecho, se detuvo el tiempo suficiente como para observar mi reacción y volvió a sonreírme. Supe entonces que no se iba a compadecer de mi, debía esperar. Y volvió a la carga, apoyó Su frente en la mía y cariñosamente rozó nuestras narices. Su rodilla se dispuso entre mis piernas y me invitó con un par de toques a separarlas, entonces, cada una de Sus manos se acopló a la parte interna de mis muslos, ascendían, con el sigilo y la efectividad de los gatos, hasta rozar mi sexo, y se alejaban, una y otra vez, ese mismo recorrido, y una tras otra la lentitud era mayor, hasta que finalmente uno de Sus dedos se dejó envolver por mi humedad.

- Así me gustas mucho más -fue Su frase de sentencia antes de colocarse a un metro de mi y dejarme allí, contra esa puerta, tan atónita como excitada-. ¿Qué tal estás? ¿Se ha pasado el susto?
- Sí -dije con un hilo de voz. Reconozco que había olvidado el mal trago-.
- Me alegro, pues esperaba que mis amistades te resultasen agradables, y no personas de las que salir corriendo.

No sabía muy bien que decir, y pese a la seriedad de Su cara, por el tono de Su voz podía intuir que el tema le resultaba, cuanto menos, simpático,

de modo que me limité a sonreír y encogerrme de hombros en modo disculpa.

- Ya veo... Cuéntame, ¿qué tal este tiempo? ¿has aprendido algo nuevo?

¡Oh dios! ¿En serio íbamos a hablar en ese momento? ¿allí? ¿después de... todo? Mi cara de disgusto era más que obvia y a punto estuve de responderle que sí, que durante la tarde aprendí a hacer bizcocho, pero sabía que no era lo que más me convenia.

- Aprendí algunas cosas... entendí otras.
- Bien. Deléitame entonces contándome cuales son esas cosas que has... entendido.

Ahí estaba de nuevo ese tonito de sorna, así que tenía dos opciones, seguir haciéndome la tonta o dar un paso al frente y terminar con ese "ambos lo sabemos pero los dos callamos".

Opté por lo segundo, y comencé a balbucear un discurso sin sentido sobre BDSM, sumisión, Dominación, protocolos, comportamiento, límites, prácticas, nombres, personas, lo vivido y lo por vivir, de una manera tan atropellada que ni yo misma sabía que estaba diciendo y ante el que ÉL, y pese a Su esfuerzo por mantenerse en silencio y escuchar, no pudo evitar terminar riendo, carcajadas de las cuales me contagié. Así estuvimos durante algún tiempo, riéndonos de lo patosa que me volvía cuando tenía que explicarle algo que me daba pudor.

Finalmente conseguimos traer de vuelta la serenidad.

- ¿Estás segura?
- Sí.

Por supuesto que lo estaba, y me sentía liberada habiéndole hecho saber que nuestra manera de sentir se complementaba. Sabía que a partir de ese instante todo cambiaría, al menos en parte, que nos quedaban por delante muchas más conversaciones que las ya tenidas en el pasado, o quizás las mismas, pero en adelante con la seguridad para los dos de estar hablando de lo mismo, y aunque en general nos conocíamos tan bien el uno al otro que los gestos y las expresiones nos eran suficientes para entendernos, me reconfortaba saber de alguna forma que ÉL ya si podría sentirse libre de ordenarme y disponer de mi abiertamente sin temer de mi incomprensión alguna, y que yo, podría definitivamente abrirme a él y darle acceso a cada uno de mis recovecos.

Nos quedamos en silencio hasta que él me indicó con un gesto que era hora de pasar dentro, así que me aparté de la puerta, abrí, y me retiré a un lado dejándole paso. Llegado a mi altura se detuvo, me miró de reojo,



arqueando una ceja en modo pregunta, y con sonrisa pícaro y de suficiencia, me soltó un "tal vez algún día... tal vez...hoy".

Quería recordar de dónde procedía ese "tal vez hoy" pero habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que no lograba asociarlo a nada. Avancé tras de él. El apartamento parecía grande, aunque la iluminación era tan tenue que no alcancé a ver demasiado. Al final del pasillo había unas puertas de corredera, los cristales eran amplios y a través de ellos se observaban sombras producidas por las velas que danzaban de un lado a otro. Cuando abrió, lo primero que observé fué un potro sobre una inmensa alfombra de tonos rojizos en el centro de la estancia. Justo en frente, en la pared, cuatro amarres de los que pendían tobilleras y muñequeras de ese mismo color. Un poco a la izquierda y hacia el fondo, dos sillones de cuero negro junto a una pequeña mesa de cristal en la que estaban colocadas varias copas y un caldo que no alcanzaba a adivinar.

Giré la vista hacía el lado derecho de aquel enorme salón ilusionada por ver como se completaba y en un aliento, mi ilusión se fue al traste llevándome en contrapartida un gran sobresalto.

¿Los señores vestidos de negro se multiplicaba? ¿los hacían en serie como las lavadoras? Ahí estaba, de pie, con las manos cruzadas delante del cuerpo y completamente inmóvil como si fuera una estatua. Este me inquietó aun más. Era alto, muy alto, su pelo era negro, liso, y caía mortífero sobre sus hombros. Llevaba puesta una máscara de color pizarra que apenas permitía entrever que tras aquellos pequeños agujeros se escondían los ojos de un ser de carne y hueso. Eso era lo único que le daba cierta humanidad, por lo demás, todo su cuerpo estaba completamente cubierto por el negro de una especie de capa o sotana que arrastraba en el suelo unos cuantos centímetros y terminaba cerrándose con un alzacuellos del mismo color en el límite de aquella máscara.

Lo miré durante un rato, esperando que se moviera, o que alguien dijera algo, sin suerte. Después seguí repasando la habitación sin poder evitar volver de manera fujaz a ese individuo, y entonces, recordé.

Ese "tal vez algún día" había sido el final de alguna de nuestras charlas, y no precisamente de las más amables para mí. Era algo que no entendía, y no estaba demasiado segura de querer entender. ¿Por qué con otro si yo solo quería estar con Él?

Autora: delicias

## Marlene, Inma y el puto

La Diosa Marlene y el puto mastín pasaron al salón de la casa donde los esperaba Inma.

Victor. el marido , preparó una copa para todos y se sentaron en los sofás, con el mastín al lado de Inma....

la Diosa hizo un gesto de autoridad y el mastín comenzó a propasarse con Inma acariciándole los pechos

me gusta.....mmm..

la Diosa observaba las acciones del mastín y miró con dureza a Victor:

Mira Victor como le gusta que mi puto la magree.. es un buen macho y puede complacer a tu mujer si yo se lo ordeno, este puto está para satisfacer a hombres y mujeres, bajo mis órdenes... es un macho vigoroso y siempre a punto para obedecerme y dar placer, no como tu que eres una maricona eunuca.

Si Marlene, estoy a falta de un buen macho, Victor no me complace es una puta maricona

Vale puto macho sumiso, ya sabes lo que hay que hacer. Disfruta con la mujer de Victor y complácela, es una orden mastín.

El mastín no espera más y obedientemente la empieza a besar mientras le mete mano por debajo de las faldas

Inma separa las piernas y el mastín le acaricia el coño por encima de las bragas

Victor intenta una tímida protesta pero la Diosa le pega un par de fuertes bofetones y le ordena arrodillarse mientras ve como le mete mano el puto mastín a su mujer-

Inma se levanta y le coge de la mano al mastín, que se ha desnudado y al que la Diosa le ha puesto el collar de perro.

"vamos a la cama de matrimonio"

La Diosa va vestida con una blusa blanca con pantalón de cuero y botas de montar y saca un pequeño látigo trenzado....

A 4 patas, mastín, como el perro que eres!!

El mastín se pone a 4 patas e Inma lo monta de amazona.

Llévame a mi habitación , mastin!!!

Camino de la habitación, con Inma de jinete la Diosa le va pegando vergazos en el culo... mientras Inma le sujeta por el collar

Victor va de rodillas detrás cerrando la comitiva....

Cuando llegan a la habitación, con el puto a 4 patas y el cornudo de rodillas, la Diosa e Inma se besan en la boca

Vas a ser muy feliz Inma, ya verás que buen macho es este puto

Inma se desnuda y se queda solo con unas braguitas color carne

Y coge la cabeza del mastín entre sus muslos mientras se besa con la Diosa

Lámele la polla al mastin, inutil, quiero que esté bien empalmado

Victor se tumba en el suelo bajo el mastín y le empieza a lamer la polla...

Ellas siguen besándose y acariciándose mientras Inma aprieta firmemente el cuello del mastín con sus muslos

ya ya.... ahora los dos a la cama

El mastín se tumba primero, con la polla dura como un palo y bien firme y plantada

Inutil, pide al mastin que se folle a tu esposa...

si mastin , por favor, cumple la orden de la Diosa y fóllate a mi esposa, hazme un buen cornudo y hazla feliz

Inma, fuera de si de deseo le insulta:

Eres una maricona, me voy a follar a este puto gracias a la Diosa

Ordena a Victor que le quite las bragas y se sube a la cama y se empala en la verga del puto.....

aishhhhhhhhhhh

que bien, como me hace sentir este puto

La Diosa, se quita los pantalones y se queda en un minitanga negro

ves Inma que puto mas obediente

mira tú inutil como se la folla a tu mujer

La Diosa se sube a la cama y se sienta sobre la cara del mastín, mirando la cara de placer de Inma y le empieza a acariciar sus pechos

Disfruta Inma, disfruta por partida doble

Inma sigue con su mete saca con la verga del mastín

Cada vez está más mojada de placer

estoy a reventar! Grita como una posesa

Y sus pechos masajeados por la Diosa tienen los pezones duros y plantados...

si si sssssssssssssssssss

me voy a correr Marlene, no puedo más, que placer...

Espera Inma, ahora ordeno al mastín que se corra

Córrete mastín en su coño mientras te ahogo con mi culo

eyacula en Inma... disfruta

mientras esta maricona os mira

ya ya yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

uffffffffffffffffffffffffffffffffffffff

el mastín e Inma se corren de placer orgásmico....

La Diosa, continua ahogando con su culo al mastín sin piedad y solo ha sentido sus mugidos de placer

Inma se levanta y se saca la polla del coño

fuaaaa que rica estaba, que buen puto, como cumple tus órdenes

La Diosa también se levanta, dejando libre al mastín

que bien mi puto.

Y tu cerdo dale las gracias a mi puto por follar a tu esposa en tu cama y límpialos con la lengua...

El cornudo limpia el semen que cae del coño de Inma y chupa la verga del mastín para dejarla reluciente...

Bien, ahora vamos al salón a tomar otra copa y el mastín me lo comerá mientras hablamos... yo también estoy muy caliente.....y voy a correrme a gusto en la boca de mi puto.,.....

Autor: vizo

## Un día como esclavo de mi Ama y esposa

El despertador vibró en silencio para no perturbar el sueño de mi Ama. Me levanté de la alfombra situada a los pies de la cama en la que Ella descansaba. Estaba desnudo, con la única excepción de mi polla hinchada por una erección matutina, que presionaba dolorosamente contra la jaula transparente de un CB-6000.

Mi Ama todavía dormía. Me deslicé en silencio hasta el cuarto de baño para aseoarme. Ella es muy exigente por lo que se refiere a mi aseo personal y sé que en el momento más inesperado puede someterme a una minuciosa y detallada revisión, incluso de mis partes más íntimas.

Después me dirigí a la cocina para prepararle el desayuno. Sé exactamente lo que le gusta desayunar e hice todo lo posible por satisfacerla. Cuando terminé me arrodillé ante la puerta de su dormitorio, esperando a que me llamara.

Al cabo de no mucho tiempo, oí la voz de mi Ama pidiendo su desayuno. Me levanté y se lo llevé rápidamente en una bandeja que sostuve mientras Ella lo degustaba. Mientras lo hacía, alargó su mano izquierda hacia mis testículos y los masajéó suave y lentamente. Mi polla volvió a crecer en su encierro.

Después de desayunar, mi ama necesitaba algo de placer; se sentó al borde de la cama, todavía cubierta con un corto y transparente camisón rojo, y con su dedo índice señaló su entrepierna. Yo sabía lo que tenía que hacer; caí de rodillas ante Ella y deslicé mi lengua entre sus hermosos muslos. Encontré su clítoris entre los labios de su coño, y lo lamí lenta y largamente. Se corrió pronto con un intenso orgasmo y saboreé sus jugos en mi boca. Era un día laborable y Ella debía ir a trabajar.

Cuando me puse en pie, me agradeció mis servicios con unas palmaditas en mis huevos. Fueron varias, no muy fuertes, pero si repetidas en una rápida sucesión y el resultado fue un suave dolor que fue creciendo mientras subía desde mis testículos hacia mi bajo vientre dejándome casi sin aliento.

Encogido por el dolor, corrí al cuarto de baño, para prepararle la bañera. Se metió en ella mientras yo, arrodillado en una esquina, le sostenía la toalla y contemplaba como enjabonaba suavemente todo su cuerpo; las piernas, la entrepierna, la barriga, los pechos... y colgando entre ellos... la

llave de mi dispositivo de castidad. Mi polla volvió presionar contra las paredes de su encierro.

Cuando terminé, me levanté, la cubrí con la toalla y la sequé.

La ayude a vestirse; su tanga y su liguero negros, medias negras, vestido negro y zapatos de tacón. Entonces me abrazó y mientras me besaba cariñosamente en los labios, inesperadamente levantó la rodilla entre mis piernas golpeando cruelmente mis huevos. Caí al suelo mientras decía "esto es para que te acuerdes de tu ama durante un rato". Se puso el abrigo y salió de casa hacia su trabajo.

Tiene un sex shop "on line", pero también tiene una pequeña oficina y una tienda desde los que prepara los pedidos y hace algunas ventas personalmente.

Cuando me recuperé del dolor, me levanté y empecé a realizar las tareas domésticas que tengo asignadas, antes de realizar mi propio trabajo como escritor.

Mi Ama come en el trabajo, así que, llegado el momento, me preparé algo para mí.

Justo después de comer, sonó el teléfono. Era mi ama y me pedía que me sentara frente a mi PC y que mirara algunos vídeos sobre DF durante un par de horas. Obviamente no podía masturbarme, ya que mi polla seguía encerrada en su dispositivo de castidad. Lo que deseaba era que estuviera bien caliente (y dolorido) cuando Ella volviera a casa. Tras ver los vídeos debía esperarla arrodillado tras la puerta de entrada.

Así lo hice, y antes de que pasara mucho tiempo, oí como mi ama abría la puerta. Cuando me vio se rió al ver como la carne de mi polla hinchada sobresalía por las rendijas de la jaula.

- "Tengo un asunto pendiente contigo, ¿te acuerdas? dijo.

- "Ummmm, no, no me acuerdo", mentí.

- "¿No te acuerdas de lo que paso el otro día cuando mi amiga Cat, te quitó el CB6000 y te masturbó? No fuiste capaz de aguantarte ni cinco minutos y disparaste toda tu leche encima de su falda. Ella te disculpó porque es una mujer muy comprensiva, pero yo debo castigarte duramente por tu inaceptable comportamiento. Vamos, sígueme".

Me condujo al comedor e hizo que me inclinara sobre la mesa. Cogió un separador de piernas y me lo sujeto a los tobillos; así no podía juntar las piernas y mi culo estaba totalmente a su disposición. Me dijo que el castigo consistiría en diez fuertes golpes con su vara que debía contar en voz alta, pero había un pequeño truco. Antes de empezar me introdujo en el ano un

dildo bien lubricado. Si durante la azotaina se me caía, volvería a empezar desde cero. Como estaba muy lubricado y tenía las piernas separadas, me resultaba muy difícil retenerlo y cinco veces tuvo que volver a empezar desde cero. Al final, me quitó el separador y tras tres nuevos intentos, conseguí retener el dildo durante los diez últimos golpes. en total me dio unos 60 golpes y cuando terminó tenía el trasero enrojecido y cruzado por rayas violetas.

- "Bien", dijo, "es hora de masturbarte y espero que esta vez te comportes del modo adecuado. Voy a masturbarte a conciencia durante una hora y no quiero ver ni una gota de leche. Si lo consigues puede que después te permita correrte, si no... tu trasero volverá a sufrir."

Y eso hizo; durante una larga hora, tras liberar mi polla de su encierro y tras esposarme las manos a la espalda, se dedicó a masturbar mi polla y mis huevos sin piedad, hasta que estuvieron a punto de explotar. Pero conseguí resistir. Y tras una hora de tortura dijo:

- "Muy bien, veo que cuando quieres puedes aguantarte. Ahora es tu hora; puedes correrte cuando quieras". Y siguió masturbándome. Pero en cuanto apareció la primera gota de leche, soltó la polla y me arruinó el orgasmo.

- "Ya tuviste tu orgasmo completo antes, con mi amiga Cat. Ahora es hora de volver a la jaula, y esta noche, cuando nos acostemos, quiero otra larga y deliciosa sesión de lengua para que pueda dormir a gusto.

A la hora de ir a dormir, y después de darle a mi Ama lo que quería, me tumbé sobre la alfombra a los pies de su cama y recordé. Había sido un buen día. En mi vida como esposo y esclavo de mi Ama hay días mejores y peores. Algunos días mi Ama es extremadamente cruel conmigo y otros es dulce y complaciente, pero siempre intenta mantenerme caliente y excitado para que cumpla sus necesidades y deseos con la máxima solicitud.

Siempre es maravilloso servir a mi Ama y somos una pareja feliz viviendo como a nosotros nos gusta.

Autor: bill06

## **El ascensor**

Planta a planta avanzaba hacia esa puerta, ya no podía parar, se había despertado en ella una bestia y sabía que la devoraría en caso de que no la alimentase...

Observo el cartel del Primer piso, cerró los ojos y le sorprendió sentir una palma caer de una forma fuerte y pesada en su nalga, noto y saboreo el placentero dolor de ese golpe, continuo con los ojos cerrados relamiéndose...

Sin darse cuenta ya estaba en el segundo, y cayó la segunda caricia en su cuerpo, unos agiles dedos pasaron rozando los pezones, parecía algo suave pero el dolor fue lacerante, volvió a sentir ese placer infinito y una humedad que anhelaba explotar en su entrepierna.

Llego el tercero, noto como sus pezones se estiraban intentando separarse de su cuerpo, estaban pinzados por los dedos fuertes de su amante, tiro de su espalda hacia atrás y otra oleada de placer la invadió...

Estaba a punto de tener un orgasmo, no era posible, no se estaba tocando, él no estaba allí, era como una comunión a distancia... y a ella le gustaba.

El frenazo en el cuarto piso la sorprendió y más cuando se abrieron las puertas, su cara estaba colorada, su respiración agitada, su sexo ardía y ver a un hombre observarla hizo que se sintiese vulnerable, pero a la vez muy excitada, sabía que ese hombre estaba oliendo el aroma de hembra que ella desprendía por cada poro de su piel, y que decía a gritos "poséeme", entre estos pensamientos oyó preguntar ¿baja? Contesto entrecortadamente que no, y mientras la puerta se cerraba su cuerpo era recorrido de arriba abajo por una mirada, ese hombre quería hacerla suya y ese pensamiento hizo que sus pezones se endurecieran aun más y se marcasen de una forma descarada en su ropa, un segundo más con la puerta abierta y hubiese agarrado a aquel hombre para obligarlo a que la follase allí mismo, cada vez estaba más cerca de una explosión de placer, notaba como se empapaba el interior de sus muslos... seguía subiendo

El panel señalaba el quinto, volvió a cerrar los ojos y noto una mano que agarraba su coño, lo apretaba muy fuerte y lo masajeaba por encima, moviéndose desde el clítoris hasta su ano, era una mano sabia, presionaba lo suficiente para excitarla al máximo, de vez en cuando esos dedos paraban y golpeaban su clítoris, la estaba llevando al límite del aguante, quería correrse ya, el ascensor seguía subiendo imparable, paso el sexto y de repente los dedos la penetraron de una forma brutal, se sintió invadida por completo, comenzaron a moverse dentro de ella ferozmente, imparables, apoyada en una pared, arqueo su espalda y por primera vez coloco su mano en su entrepierna, como si quisiese parar lo irremediable, se corrió sin remisión, de pie, entre gemidos que escapaban de su boca...

Fue dejando que su cuerpo apoyado resbalase con cada espasmo que sentía en su interior, acabo sentada en el suelo, con la respiración entrecorta, agotada, pero tremendamente satisfecha, tardo algo en recuperarse, en



tener consciencia de donde estaba, se notaba empapada, pero le daba igual... por fin el ascensor se paro en el séptimo piso.

En breves momentos se abriría la puerta que tanto deseaba cruzar y por primera vez, después de una vida entregada al placer de infringir dolor, lo iba a recibir en su cuerpo, iba a traspasar una frontera que nunca se había atrevido a cruzar, pero era el momento, lo que le acababa de pasar era solo la señal de lo que iba a vivir en un instante, llamo al timbre, y mientras esperaba, sonreía, había descubierto que le gustaba perder el control...

Autor: Nigromante

## **Caminando hacia el castigo**

Ella vendrá, aunque ya sea muy tarde, haga mucho frio y la niebla sea espesa, algo en mi interior me lo dice. Vendrá aunque sepa que estoy muy disgustado y que va a ser castigada, vendrá porque se lo he ordenado, porque es mia y porque el deseo de sentir su piel y el calor de sus labios es mutuo.

Suena el interfono, cuanto rato llevo deseando escuchar ese ruido estridente, lo descuelgo y escucho su voz, debil, temblorosa, esta aterida, en otra ocasión le hubiese dirigido unas breves palabras antes de abrir, pero hoy no, estoy disgustado porque sabe que me gusta que cuando se vaya de viaje y haya llegado me llame, y justo anoche un tren cuyo destino era exactamente el mismo que ella ha descarrilado y he pasado una noche de insomnio pensando en lo peor, agravado por el hecho de que su movil no respondía a mis llamadas. Cuando al día siguiente me llamó me alegre muchísimo, aunque también me enfadé por el mal rato que me habìa hecho pasar, así que le di instrucciones por teléfono al día siguiente y tambien le advertí de que iba a ser castigada

Se ha quitado el abrigo y la contemplo de arriba abajo en el recibidor, lleva un precioso vestido azul de una pieza muy entallado que realza su figura, luce un primoroso recogido y se ha puesto el perfume que más me gusta, en otras circunstancias la hubiese estrechado entre mis brazos y la hubiese besado, pero hoy no, porque está castigada.

-Desnudate ahora mismo -dije con voz firme al tiempo que la señalaba con el dedo-

-Pero... ¿no quieres ver mi vestido y lo que llevo debajo? Me lo he puesto para tí...

-¿Acaso has olvidado qué significa cumplir una orden? Ponte de cara a la pared I levántate la falda del vestido.

Lentamente se giró, arqueó ligeramente la espalda, apoyó los antebrazos contra la pared y levantó la falda del vestido dejando su culo en pompa. Sabía perfectamente que significaba aquella orden, su cuerpo comenzó a temblar cuando me desabroché el cinturón. Un sonoro latigazo impactó contra su trasero y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

-Ahora voy hacia el salón, y cuando te hayas desnudado vienes a mi de rodillas, ¿te ha quedado claro?

-Si mi amo.

La mujer que hace unos minutos ocultaba su sofisticación y elegancia a la vista de todos bajo un grueso abrigo es ahora un ser humano desnudo que gatea por el pasillo con la cabeza gacha y el cabello cayéndole sobre la cara; sin necesidad de palabras se detuvo ante mí, se irguió, puso las manos sobre su espalda, apoyó las nalgas sobre sus talones, se inclinó ligeramente y me ofreció su nuca para que le pusiera el collar, acto seguido le enganché la cadena y ella me ofreció el asa y recogiendo la cadena acerqué su cara a la mía, le di un beso en los labios. Temblaba y en su mirada había una amalgama de deseo e incertidumbre.

-Tenía muchas ganas de volver a verte, pero anoche casi no pude dormir pensando que te había pasado algo, ¿por qué no me llamaste?

-Lo siento, amo -balbuceo- se me olvidó.

Me puse detrás de ella y con un gesto rápido le até las manos con una cuerda y sujetándola por los sobacos le ayudé a levantarse.

-Vete a la habitación, y espérame.

-Si, mi amo.

Sobraban las explicaciones, sabía perfectamente que su habitación es sinónimo de castigo en las sesiones y de nido de amor después de ellas. Aunque deseaba sentir el calor de su cuerpo, el tacto de su piel, la humedad de su sexo y el sabor de sus labios me esperó unos minutos, largos como horas; tenía que reflexionar sobre el delito que había cometido y el castigo que se merecía

Abrí la puerta de su habitación me detuve para contemplarla. Allí estaba, arrodillada a los pies de la cama sobre el cojín que previamente había colocado para que no se le lastimaran las rodillas, contemplando la fusta que previamente había depositado sobre las sábanas. Inclinéme le desaté las manos y la acaricé, sentí su respiración entrecortada, su piel sudorosa y temblorosa, su sexo húmedo y palpitante, todo su cuerpo y su

alma preparadas para lo que estaba por venir. Fui hacia la mesilla y extraje dos cuerdas de uno de los cajones, até sus manos a los barrotes de la cabecera de la cama y até las otras dos cuerdas a las patas de la cama, y con ellas sujeté sus rodillas. Con un pañuelo negro le vendé los ojos.

-¿Por qué vas a ser castigada?

-Por no haberte llamado y por haberte hecho sufrir, Amo.

-¿Cual es tu castigo?

-20 azotes en el culo, Amo.

Acto seguido cogí la fusta, sus jadeos fueron en aumento, y tras esperar unos instantes el primer azote impactó sobre su trasero con un ruido que retumbó en toda la habitación, todo su cuerpo se estremeció. Sin detenerme descargué otros nueve azotes, uno en cada nalga. Me detuve como solía hacer para permitirle coger fuerzas.

-¿Volverás a hacerlo?

-No Amo, nunca más volveré a hacerlo.

-Supongo que sabes que no he terminado

-Lo sé Amo, tienes que darme otros diez azotes.

Me arrodillé y le acaricié suavemente sus pechos, sus pezones estaban duros, deslice una mano hacia su sexo y la masturbé.

-Te prohíbo que te corras.

Mis manos jugueteaban con su sexo cada vez más deprisa y cada vez más húmedo, sus jadeos iban en aumento, estaba disfrutando enormemente, pero no podía olvidarme de porqué estaba atada a aquella cama, así que me levanté y descargue los otros diez azotes sobre su castigado culo. Me levanté y fui a la nevera a buscar un cubito de hielo, con el recorrí las marcas que la fusta había dejado sobre su piel. Por último desaté sus manos y sus piernas, se sentó sobre el cojín, yo hice lo mismo y ambos estuvimos un rato abrazados hasta que con delicadeza la levanté y la acosté sobre la cama.

Una maravillosa noche de sexo fue el colofón de aquella tarde de placer BDSM

Autor: stauros

## La llama del castigo

Llegó a casa a los pocos minutos de haber apagado el horno. Como estaba en pleno proceso creativo, me pasaba gran parte del día escribiendo en mi estudio sin salir de casa, así que aprovechaba para preparar la comida.

- ¿Qué tal ha ido el día? –le pregunté desde el sofá del salón.

- Tranquilo, la verdad. No hemos tenido mucho jaleo.

Trabajaba como enfermera en una clínica privada. Tenía buenos horarios aun siendo coordinadora de planta, así que había perdido parte del estrés que le suponía trabajar en el anterior centro.

- Ahora voy contigo –añadió.

Pasados unos cinco minutos, apareció en el salón tal y como yo esperaba: vestida exclusivamente con unas medias de medio muslo negras, y un gran estuche donde guardábamos todo lo demás. Se arrodilló delante de mí y me ofreció el estuche.

- Soy tuya, estoy lista.

Sabía a la perfección que el día anterior se había portado mal, corriéndose sin permiso prácticamente al empezar la sesión. Era extremadamente sensible y yo sabía hasta dónde podía exigirle, y desde luego no había cumplido su parte.

Abrí el estuche y saqué la vela que usábamos en cada sesión. Nos gustaba (y todavía nos gusta, aunque ya han pasado muchas velas desde entonces) hacer ese pequeño ritual, nos ayudaba a aislarnos del resto del mundo. Tras encenderla, me acerqué a ella, y mis dedos recorrieron su precioso pelo caoba, deslizándose luego por su nuca y notando como su piel se erizaba instantáneamente.

- Eres preciosa –le dije con una sinceridad que añadía más firmeza a mi voz.

- Gracias, Señor.

Acaricié sus pechos con la fusta, rozando suavemente sus pezones ya duros, que se alzaban orgullosos y rosados en medio de sus tetas firmes y de blanca tez, como la que cubría el resto de su cuerpo. Noté su temblor; sabía de sobra que la fusta le daba pánico, pese a que nunca me había excedido usándola.

- Ábrete de piernas.

- Sí, Amo.

Contemplé su coño totalmente depilado, tan apetitoso como siempre. Sin embargo, no era noche para disfrutar de esa visión.

- Ponte las braguitas –ordené.

Al ponérselas, pude ver como se oscurecían poco a poco debido al flujo de su excitación, lo que acrecentó todavía más mi erección. Me acerqué a ella y coloqué el vibrador a control remoto entre sus piernas, rozando su clítoris a través de la tela de su ropa interior. A continuación, até sus piernas a conciencia, dejándola totalmente inmóvil, y me aseguré de que el vibrador estuviese bien sujeto, sin posibilidad de moverse. Por último, enlacé sus manos a la espalda, para evitar tentaciones que supusieran más castigos. Aún no estaba adiestrada para tanta fuerza de voluntad.

- ¿Querías correrte, verdad? Hoy vas a hacerlo, tantas veces como yo quiera. Tienes que aprender que tu placer es un regalo que yo te otorgo, pero que puede convertirse en un castigo cuando no obedeces, ¿entendido?

- Sí, Amo –me dijo con voz temblorosa. Todavía no había experimentado algo así, por lo que no sabía si eso de verdad era un castigo.

Me senté en el sofá, con el control remoto del vibrador en la mano, asegurándome de que no había nada cerca con lo que pudiese hacerse daño si se agitaba demasiado, y poniendo en marcha el castigo.

Sus gemidos no tardaron en llegar, pese a que trataba de retenerlos mordiendo su labio inferior. Pronto sus bragas quedaron totalmente mojadas, inundadas de sus fluidos.

- Amo, no aguanto más... –me dijo lastimeramente.

- Córrete.

Segundos después, espasmos de placer recorrían su cuerpo, y con una respiración entrecortada trataba de coger aire para recuperarse. Pero no había tiempo para descansar. No hoy.

Al tercer orgasmo, aumenté la vibración, y agradecí no tener vecinos que pudieran alarmarse de los gemidos (o envidiarlos, quién sabe). Ella no paraba de agitarse, seguramente empezando a odiar, al menos temporalmente, su facilidad para el orgasmo.

Tras un buen rato, bajé la intensidad, y le di un poco de agua, a la vez que frotaba mi abultada entrepierna contra su cara. Pasó su lengua sobre la tela que cubría mi polla dura, y yo me aparté.

- Eso no va a ayudarte hoy, mi querida puta –le dije aumentando de nuevo la velocidad.

Tras correrse varias veces más, noté que empezaban a caer algunas lágrimas de sus ojos: estaba completamente exhausta.

- ¿Ya estás cansada?
- Sí, Amo –me dijo tratando de mantenerse lo más entera que pudo.
- Yo todavía no. Todavía quiero al menos cuatro más, Vas a aguantar y a satisfacerme, verdad?
- Los que usted me pida, Señor –me dijo entre sollozos, imaginando lo que quedaba. Ya se había convencido de que era un castigo, uno muy duro.

Su respuesta era exactamente lo que buscaba. Apagué el control remoto, aunque creo que estaba tan abstraída en su ensoñación mezcla de placer y agonía, que ni siquiera lo percibió. Al tocar su cabeza, de pie frente a ella, se sobresaltó y alzó la vista. Sus ojos, brillantes por las lágrimas y por su amor, me miraron fijamente, mientras yo acariciaba de nuevo su pelo.

La desaté y ayudé a que se incorporase, ya que sus piernas temblaban del cansancio y la tensión, y de los esfuerzos por liberarse inconscientemente.

Nos tumbamos en el sofá. Ella, desnuda, temblando y sollozando todavía; yo, con la ropa puesta, abrazándola por la espalda y besándola con adoración.

- Eres preciosa, a todos los niveles –le susurré al oído.

Su respuesta fue acurrucarse aún más, apretando mi mano. Tras un rato, le dije:

- Las patatas están en el horno esperándote –le dije.

Ella se incorporó con súbita alegría: le volvían loca las patatas al horno que preparaba. Se incorporó de un salto exclamando:

- ¡Vamos, vamos!

Se detuvo en la puerta de la cocina y me miró, sonriendo, con la ropa interior todavía puesta y empapada, y las medias que mantenían el tipo como podían.

Desde el salón le devolví la sonrisa, apagando la llama de la vela mientras observaba con amor la llama de mi vida.

Autor: Felson

## **Mi gatita - 1er Premio -**

Cuando conoces a alguien, todo son preguntas fáciles y respuestas sencillas. Trabajo, tiempo libre, familia y un largo etcétera. Pero hay un momento en la charla en la que se suele preguntar si tienes o has tenido mascotas. En ese momento no puedo evitar echar la vista hacia atrás, unos diez años, y acordarme de ella.

A ella, que la conocí haciendo campana en la universidad, le gustaba acurrucarse a mi lado en el sofá, cuando yo se lo permitía, y cuando no, se enfurrñaba y se quedaba tumbada a mis pies. Me gustaba recorrer con el dedo su columna, suavemente, desde su nuca descubierta hasta abajo del todo, y ella ronroneaba mientras un escalofrío hacía que su piel se pusiera de gallina. Le gustaba tostarse al sol desnuda en el balcón de mi piso y yo adoraba tocar su cuerpo caliente y torturarla con un cubito de hielo que se deshacía rápidamente al contacto de su piel.

No siempre era mi gatita. Como cualquier otra pareja, muchas noches salíamos a cenar fuera, o al cine, o a tomar unas copas y se convertía en mi mejor confidente y pasábamos las horas charlando. Pero una vez en casa, adoptaba de nuevo su rol sin tener que pedírselo.

Recuerdo el día que pasé por una tienda de mascotas y vi un precioso collar de cuero color rojo. Era sencillo, sin adornos más que una argolla color plateado. Me pareció que sería perfecto para ella, así que sin pensarlo dos veces, lo compré. Se puso tan contenta cuando se lo regalé que enseguida me ofreció su cuello para que se lo pusiera. Aquella noche tuvimos una muy buena sesión de sexo, con cuerdas, velas y mi fusta favorita.

Poco tiempo después, compré la correa, aunque casi no llegamos a usarla. Decía que no le gustaba, que no tenía glamour.

Con el paso del tiempo, durante los fines de semana dormía en mi piso. En cuanto cerraba la puerta tras ella, tal como le había enseñado, se arrodillaba e iba a gatas hasta el dormitorio, despacio, marcando cada paso, contoneando a ritmo hipnótico sus caderas y esperaba a que le pusiera su collar. Después de eso se restregaba en mis piernas buscando una caricia reconfortante y siempre le decía "buena chica". Le llenaba un cuenco de agua y lo dejaba en su rincón. Me gustaba que comiera conmigo en la mesa, desconectaba un rato de su rol y hablábamos de cómo había ido la semana, pero después, volvía a ser mi gatita. Momento en el que yo aprovechaba para desnudarla y ponerle su plug con cola (éste me lo regaló en nuestro primer aniversario). Me gustaba hacérselo mientras lo llevaba puesto.

Pocas veces tuve que castigarla. Siempre había sido una chica muy sana en cuanto a su alimentación y ejercicio, pero bebía muy poca agua, a pesar de mis esfuerzos en recordárselo. Un viernes de finales de julio, me explicó que aquella semana se había desmayado en mitad de la calle mientras estaba haciendo footing. El médico le dijo que se había deshidratado. Recuerdo cómo me enfadé. Después de repetírselo una y otra vez. Le dije que se pusiera de rodillas, cara la pared y que no se moviera. Cojé la cartera y las llaves y me fui de mi piso dando un portazo. Estuve como una hora caminando sin sentido ni destino y de repente me di cuenta que estaba frente a la tienda de mascotas donde le compré el collar. Me hice con un bebedero tipo dispensador para dos litros de agua. Desde entonces, cada mañana que ella pasaba en mi piso, llenaba el dispensador. Por la noche tendría que estar vacío. Debía beber dos litros de agua al día como mínimo y así tendría que hacerlo incluso sin estar conmigo. Sólo en un par de ocasiones no se terminó el agua y en ese par de ocasiones fue castigada debidamente (con su correa).

A pesar de ello, era una buena gatita. Refunfuñaba mucho, pero eso, a mi parecer, le hacía más atractiva. Cuando le decía algo que no le apetecía, murmuraba hasta que le daba un cachete de aviso. Que me pareciera atractivo no significa que consintiera ese comportamiento. Aún así nunca se lo prohibí del todo.

Esos casi dos años en los que ella estuvo en mi vida, todo fue muy intenso, muy carnal. Aprendí muchísimas cosas con ella, sobretodo aspectos de mí mismo, que hasta entonces desconocía. A pesar de la intensidad del momento, dejamos nuestra particular relación al salirme una oportunidad en el extranjero y ella no podía dejar su trabajo. Fue duro y muy triste, pero me lo guardo con mucho cariño, ya que si no hubiera ocurrido, hoy no sería quien soy.

Autora: itaidragonfly\_de\_T

## **Mujer sumisa**

No te arrodilles... elévate... avanza... haz crecer tu cuerpo frente a mi. Déjame aquí, sentado, contemplar como tus pies se distancian del frío, déjame aquí y que sea, el calor de mis ojos el que ahueque tus cabellos.



Me gustan así, envolviendo el dulce rostro que me inclinas y llegando sus olas a morir en la playa de tus senos. Míos.

No te avergüences... sumisa... yergue tu cuerpo ante mi que hoy soy yo quien espera... sentado, paciente, contemplar la divina desnudez que cobija tu alma. Despréndete, una a una, de esas telas injustas, de esas sedas enlutadas que lloran abrazadas a tu cintura, porque la suavidad de tu piel no alcanzan. Déjalas caer, hasta morir en tus tobillos, siguiendo el ritmo de las hojas otoñales; deja que caigan, y caigan con ellas los muros que flanquean la profundidad de tu ser, que caigan el miedo y las ansias, lo correcto y lo absurdo, que caigan y se quiebren, lo banal y lo efímero.

Es hoy mi sola voluntad, contemplar tu desnudez sencilla.

Regala a mi ojos la timidez de tus curvas, la claridad y la calma de tus pupilas; regala a mi voluntad, tus andares, tu camino; la serenidad de tus muñecas, a mis manos; y tus encrucijadas a mis labios, a mi razón alborotada de tenerte.

Deja que caigan, mujer, que con cada una se derrumben los muros de tus infiernos, que es hoy mi voluntad... arder contigo en sus fuegos. Que no quiero hoy, alimentarme de tus carnes ni flagelar tus huesos; no quiero hoy, que sobre mis instintos cabalgues ni besar tu llanto, pues es hoy mi sola voluntad, tenerte.

Tenerte, mujer, porque así y a mi forma, tú... me tienes.

Autora: delicias



## **Aquellos ojos miel - 2º Premio -**

Era una tarde lluviosa de arco iris, de esas que el sol termina asomando anaranjado entre las cortinas. Paula colocaba las cajas en su nuevo piso, por fin se independizaba. Para otros sería algo normal a sus 28 años, pero para ella dar ciertos pasos como ese suponían un gran esfuerzo. Sonreía al encontrar recuerdos de su infancia entre sus pocas pertenencias. Sobre todo al descubrir esa carta que escribió a su primer amor, y que nunca se atrevió a darle. Acomodada en el suelo empezó a leerla con una sonrisa nostálgica en la cara. Era tan tierna, tan dulce, y a la vez se entreveía cierto deseo propio del despertar sexual de aquel entonces. Se preguntaba qué sería de aquel chico. ¡Alejandro!... aquellos ojos miel, su pelo negro... No, no había sido el guapo de la clase, ni mucho menos, solo un chico centrado siempre en sus estudios que pasaba desapercibido. Salvo para Paula, que siempre le miró con ojos que posiblemente nadie más le miraba. Hasta el día de dejar el instituto habían sido grandes amigos, pero ella nunca tuvo la valentía de confesarle lo que realmente sentía... Y al comenzar la universidad, ambos se perdieron la pista. Paula se sirvió una copa de vino, y volvió a arrodillarse en el suelo a seguir mirando los recuerdos de esas cajas. Pero ya no podía prestar atención a nada, aquellos ojos miel no desaparecían de su mente. -¿Por qué nunca me atreví a darle esa carta?, se lamentaba. En un impulso, quizás animada por haber terminado su copa, corrió decidida a coger la guía de teléfonos y buscarlo. No tardó en dar con el nombre y un número de teléfono, y aún con manos temblorosas se obligó a marcarlo y telefonar. -Dígame... -ehh, ¿Alejandro?... -Sí, soy yo... -emmm. Hola, soy, soy Paula, del instituto... -¿Paula? Pau, doña risitas. Esto sí que no lo esperaba. ¿Qué es de tu vida?... -Bueno, estoy de mudanza y me he acordado de ti... -Ah, ¿me llamas para que te ayude a montar algún mueble?... -Jajajaja, no tonto, solo leí algo y me acordé de ti... -¿Ah sí?, ¿El qué?... -No, nada, da igual. Solo quería saber que tal estabas... -Ummmm. Bueno, si quieres saber cómo estoy quizás deberíamos quedar y te lo digo en persona... -Eh, sí, bueno, si tienes tiempo... -Claro, privilegio de ser mi propio jefe. Quedamos a las 8 en el Café Vega, luego te invito a cenar, así recordamos viejos tiempos. Debo dejarte ya. Un beso Pau...

Paula se quedó durante unos segundos con el teléfono aún pegado a la oreja. Ufff! ahora a parte de las manos también le temblaban las piernas, hacer cosas por impulso no era propio de ella. Lo dejó todo y corrió a la ducha, quería estar perfecta y quedaba el tiempo justo hasta las 8. Cuando faltaban 10 minutos ya estaba allí, a la puerta del café... Con el pelo suelto, su vestido negro favorito, y los zapatos con el tacón más alto que encontró. Estaba distraída con las luces de los coches, esperando verle salir de algún

taxi cuando notó un cuerpo pegado a su espalda y unas grandes manos tapando sus ojos. -Me encanta que las mujeres sean puntuales, y más si vienen tan guapas... Se dio la vuelta con tantos nervios, que rezó por no dar un traspie. Y ahí estaba, tan cambiado y a la vez tan igual como siempre. Sus ojos miel parecían ser más brillantes que antes, y la ligera barba que llevaba transmitía una extraña fuerza que antes no veía en él. En la cafetería, Paula apenas hablaba, casi todo lo decía Alejandro, salvo cuando se detenía para dar un sorbo al café. A veces hacía largas pausas, y la miraba fijamente con una sonrisa ladeada. Daba la impresión de poder analizarla con los ojos y cada vez transmitía una mayor seguridad en sus palabras. En el momento de la cena, ambos se relajaron y tuvieron la oportunidad de recordar entre risas infinidad de momentos de la adolescencia. Al final de la noche, Alejandro se despidió con un interminable abrazo, y susurrando con voz ronca en su oreja -Mañana te quiero aquí a la misma hora, mi niña... Era todo tan extraño, su simpatía, su cariño, eso no había cambiado. Pero encontraba algo raro en su actitud, algo que la ponía nerviosa, pero al mismo tiempo que la atraía de un modo casi incontrolable. Tuvo la sensación, que la miró toda la noche con pasión oculta, con una especie de lascivia controlada. En ningún momento intentó besarla o tocarla en exceso. Sin embargo sabía que la deseaba, no entendía por qué, pero él lo transmitía constantemente, y a ella le volvía loca.

No tardaron en comenzar una relación, aunque algo peculiar, no tenían demasiado contacto físico, pero la tensión sexual entre ellos era constante, incluso cuando ni siquiera estaban juntos, ella la notaba. Pasados unos días, Paula le contó por casualidad su afición por la lectura BDSM, y él encontró ahí el momento perfecto para explicarle su modo de entender el amor. Confesando su sentir Dominante y como el BDSM no formaba parte de sus fantasías, sino de su vida. La relación fue mutando poco a poco, la dominación que Alejandro ejercía sobre ella impregnaba todo su día a día. Sentía todo con una intensidad que jamás había imaginado, hasta el aire parecía ser más puro. Había un sentimiento que crecía dentro de ella, y no podía frenarlo, ni quería. Había un hilo invisible que la ataba cada vez más a él, y Paula creía morir de deseo. Necesitaba besarle, tocarle, sentirle más profundo incluso de lo físicamente posible. Llegó a hacer lo que jamás hubiese imaginado, suplicarle por tener sexo, ¡era de locos! Pero sí, le imploró con desesperación, como si lo necesitase más que el agua en el desierto. Había un contradictorio morbo que a floraba cuanto más suplicaba, se sentía avergonzada y excitada, fuerte e indefensa... Él solo la miró en silencio, con la mano en la barbilla y el índice apretando sus labios. Tan solo eso, la observó, la escuchó, y tras darle un ligero beso en el frente se despidió con un jadeante -Así me gusta, Mi niña...

Dos días después de esa interminable súplica, Paula recibió en su buzón un gran sobre. Qué raro, ni siquiera tenía sello ni remitente... Al abrirlo encontró otros dos sobres, y una nota -Si aceptas, quiero los dos en mi buzón antes de media noche... Le sorprendió ver que esas cosas existiesen fuera de las novelas. Un contrato de sumisión en el que ella decidía la mayoría de condiciones (aunque había algunas inamovibles) y una extensa lista de prácticas. No dudó en rellenarlos de inmediato, con un acompasado palpitar en su corazón y entre sus muslos. Trató de ser lo más minuciosa posible, y nada más terminarlo fue casi corriendo a dejarlo en su buzón. Con infinitos nervios, salió del portal y sintió la necesidad de levantar su vista hacia la ventana donde él vivía. Ahí estaba Alejandro, mirándola, aún en la distancia podía intuir aquellos ojos miel brillar con más fuerza, y su sonrisa ladeada, parecía más pronunciada que nunca.

A la mañana siguiente, casi antes de salir el sol, Paula ya estaba en pie, no había podido dormir mucho. Tras horas que parecieron ser eternas, recibió una corta llamada -La montaña roja, Mi niña... ¡Caray! ni siquiera le dio tiempo a responderle, y... ¿qué demonios era la montaña roja? Lo primero que se le ocurrió fue poner esas mismas palabras en internet, y se le iluminaron los ojos al ver aquello. Una hermosa casita granate, perdida en lo alto de una montaña. Tras meter las coordenadas en el móvil, cogió el bolso y salió apresuradamente al coche. Apenas solía conducir, de hecho le ponía muy nerviosa y odiaba hacerlo. Sin embargo, no podría describir la seguridad con la que condujo aquel día. El camino montaña arriba parecía no acabar nunca, cada vez más estrecho, cada vez más baches... Cuando divisó esa casita sintió un vuelvo en el estómago, y la alegría propia de un niño la mañana de reyes. Un cartel en la puerta llamó enseguida su atención -¿No notas el bolso pesado?... No pudo evitar reír al meter la mano y ver la enorme llave antigua que llevaba dentro y de la que ni se había percatado. Pero, ¿cuándo me ha metido esto aquí?... Le temblaban tanto las manos que no conseguía atinar en la cerradura, y estaba tan ilusionada que hasta el chirrido de la puerta al abrirse le pareció música de violín. -¡Dios mío!... Todo era perfecto, la inundó la agradable temperatura de la estancia y el suave olor a incienso y canela que flotaba en el ambiente. Las velas tintineaban por todas partes, iluminando el potro, la cruz, el cepo... y algo que nunca había visto y parecía un enorme columpio. Los instrumentos estaban tan milimétricamente colocados que no se atrevió a tocar nada, aunque alguno ni siquiera sabía que uso tenía. En una esquina había un pequeño futón, que en seguida dedujo que era su lugar. Sobre él un corset y un antifaz de cuero. Paula se desnudó rápidamente, sin pensar, dejando la ropa bien doblada a un lado. Mientras ceñía bien apretado aquel corset que apenas tapaba su cintura, su corazón latía tan fuerte que parecía

querer salir del pecho. Y tras arrodillarse en el futón, colocó con manos sudorosas el antifaz sobre sus ojos.

Pocos instantes después escuchó la puerta abrirse, y unos pasos lentos que se aproximaban. Lo siguiente que notó, fue un collar abrigando su cuello, y unas palabras -¡Eres Mia!... Que la hicieron estremecer y resonaron durante minutos en su mente. ¿Por qué sentía esa inexplicable satisfacción?, ni siquiera era capaz de hablar... Arrastrándola por la anilla del collar, la llevó a gatas hasta una zona donde el calor era más intenso. Y tras colocarle unos grilletos en las muñecas, sintió como su cuerpo se iba deslizando hacía arriba mientras oía el fuerte traqueteo de una cadena. Con los brazos totalmente estirados y los pies de puntillas... Las manos de Alejandro agarraron con fuerza su pelo, y de nuevo esas palabras -¡Eres Mia!... Hay algo que crece cada vez más desde las profundidades de Paula, y siente sus entrañas arder. Cuando los dedos van soltando delicadamente su pelo, y se deslizan por su columna todo el vello se eriza a su paso. Él se aleja, pero no se va... Empieza a sonar una tenue música... La mente de Paula iba quedando en blanco, poco a poco sumergiéndose en una infinita paz. Se sentía un mero objeto en espera de que su Dueño deseara usarlo. Tan solo con ese pensamiento la humedad de su sexo comenzó a brotar. El palpitar de su corazón parece hacer eco ya por todo su cuerpo... Y cada poro de su piel grita desesperado pidiendo nuevamente Su contacto. El calor de las velas que aproxima a su cuerpo la tiente, el sonido de las fustas que escucha cortando el aire la desarma, y las palabras que Él susurra en sus oídos la va llevando cada vez más y más profundamente a ese pozo de deseo del que no sabe salir sin Su ayuda. Paula siente embriagarse de esa provocación, nota ya su sexo latir con una fuerza desconocida, y se avergüenza al percatarse de que su humedad ya comienza a resbalarle por los muslos. Ya no resiste más esas obscenas palabras que Él susurra en sus oídos, ni las caricias sutiles que nunca sabe por dónde van a venir... Y de nuevo suplica, pero esta vez entre interminables jadeos. -Por favoor, por favoor... Alejandro retiró el antifaz del rostro congestionado de Paula. Ella apenas podía enfocar, pero sus pupilas dilatadas pronto divisaron aquellos ojos miel que la observaban, esta vez tan brillantes como el fuego. -¿Que eres, mi niña?... Paula nunca había pronunciado unas palabras con tal pasión -Soy Suya mi Amo, Suya. Siempre he sido Suya...

Esas fueron las palabras que desencadenaron en una noche que Paula jamás olvidaría, una noche que descubrió hasta qué punto podía llegar a sentir, casi de una forma sobrehumana. Pero Alejandro no solo la enseñó a gozar de un modo sublime, sino también a sentirse por primera vez fuerte, hermosa, y completamente feliz. Nunca más volvió a arrepentirse de no haber entregado aquella carta. Quizás el azar es caprichoso, tal vez el

destino solo esperaba a unirlos en el momento justo. Ese momento en que Él era exactamente lo que ella necesitaba, y ella... todo cuanto Él había soñado.

Autora: jessika



### **Mi entrega (Primera parte) - 3er Premio -**

Las pesadas cortinas de las ventanas impedían que entraran los últimos rayos de sol de ese día, que tocaba a su fin. Anochecía, y sólo cuando el último rayo se apagara y la noche se cerniese sobre el jardín, sólo en ese momento, comenzaría mi nueva vida con Ella.

Me hallaba sumido en la semioscuridad de la antesala, esperando. Sólo tenuemente iluminada por la luz de las velas, en el silencio se oía el flamear de las pequeñas llamas, liberando pequeñas columnas de humo que repartían el aroma de la cera perfumada por toda la estancia.

Estaba postrado, de rodillas, con la mirada baja, mis nalgas sobre los tobillos y las palmas de las manos abiertas sobre mis muslos, cubierto sólo por una capa de satén, negra por fuera, roja por dentro, y un pequeño slip de cuero negro que cubría mi sexo y mis nalgas.

Nervioso, mi corazón latía de emoción, el interior de mi abdomen lo recorrían ejércitos de hormigas imaginarias. Así estaban cuando llegaron un sumiso y una sumisa, amigos nuestros, a buscarme. Vestían como yo, con la excepción que lucían sus collares y sus marcas de pertenencia a Sus respectivos Dominantes.

- Es la hora.- dijo ella.- al tiempo que ambos me tomaron de las manos para incorporarme. Ella tomó una bandeja de plata con las ofrendas: Un ramo de flores, el escrito con mis votos y mi contrato de sumisión, una correa de cuero, una cuerda roja, un anillo y una rosa blanca. Se colocaron a mis lados, flanqueándome, para acompañarme.

Nos dirigimos a un salón grande y espacioso. Estaba realmente nervioso, pero deseoso de que comenzara todo. Antes de entrar, se unió a nosotros un Ama amiga nuestra, propietaria del sumiso que me acompañaba, sería la maestra de ceremonias y me acompañaría hasta mi Señora. Llevaba un vestido largo de cuero negro, con capa. Entramos en el salón por la puerta principal, en formación, el sumiso y la sumisa delante, yo acompañado a mi lado por el Ama maestra de ceremonias. Avanzamos en procesión, lentamente, hasta el lugar central de la sala donde se celebraría la ceremonia.

La estancia estaba deliciosamente decorada con ramos de flores para la ocasión, numerosos candelabros y velas encendidas rompían la sala oscura y alumbraban con diferentes intensidades cada espacio de la habitación. En cada punto de la sala había la luz necesaria, sin ser excesiva, creando el ambiente adecuado. En la zona central, frente a la lumbre encendida, más iluminada, donde mi Señora estaba sentada en una butaca alta, como un trono, de cuero negro, acompañada de un Amo, en otra butaca, propietario de la sumisa que me acompañaba. El Amo, que actuaría de asistente de mi Señora, llevaba un vestido de chaqueta y pantalón de cuero.

Mi Señora vestía un precioso vestido de cuero negro entallado, largo, desde el busto hasta los pies, y sobre él, un corsé de cuero negro con líneas rojas, que moldeaban Su figura. Unos preciosos zapatos de charol de tacón alto,

que vestían elegantemente esos pies que tanto deseaba. Estaba preciosa con Su oscura cabellera rizada cayéndole como una cascada sobre Sus hombros, Sus labios pintados, Su sonrisa deseosa al verme llegar.

Frente al trono de mi Señora, había un cojín de cuero rojo y otros dos de cuero negro a cada uno de los lados de éste. A cada lado de las butacas había dos mesas de madera ornamentadas. En una de ellas, había otra bandeja plateada con un collar de cuero negro grabado con el símbolo de mi Señora, las tobilleras y muñequeras de cuero, un látigo, una gargantilla con una chapita grabada con el nombre y el símbolo de mi Señora, un anillo, un frasco de perfume, y por último, una rosa roja y una cadena larga. En la otra mesa, la sumisa que me acompañaba depositó la bandeja que portaba con las ofrendas.

A los lados de todo el conjunto, varias butacas para el resto de asistentes, unos pocos amigos y amigas nuestros, que nos esperaban en silencio, vestidos todos ellos elegantemente siguiendo el código de la ceremonia.

Los sumisos de la comitiva nos colocamos cada uno en frente a un cojín, yo en el central, en el rojo, y a mis lados, en los negros, mis acompañantes. La sumisa asistente se dirigió a una de las mesitas, tocó una campanilla que indicó a todos el inicio de la celebración y regresó. Ambos sumisos se arrodillaron al mismo tiempo en los cojines, mientras que el Ama maestra de ceremonias, que había permanecido a mi lado, me tomó de la mano y me condujo frente al cojín central, frente a mi Señora, y me indicó que me arrodillara. Así lo hice. Nalgas sobre los tobillos, la mirada baja, y las palmas de las manos abiertas sobre los muslos.

- Estamos hoy aquí para ser testigos y asistir a la entrega de este sumiso a Su Señora, de forma libre y voluntaria, tras haber dado cuenta de merecerla como Ama, por haber avalado sus cualidades de entrega y sumisión ante Ella.- Dijo la maestra de ceremonias.- Mediante la aceptación de esta entrega, Su Señora, aquí presente, se convertirá en Su Ama, iniciando ambos su nueva vida como Ama y sumiso. Como sumiso, dedicará su alma, su cuerpo y su mente al placer de Su Ama, entregándose a Ella plena, voluntaria y completamente. Su Ama, cuidará del sumiso, cuidará su alma, su cuerpo y su mente, lo educará convenientemente para obtener de él sus mejores servicios y sus mejores muestras de entrega y de sumisión.



La maestra de ceremonias me tomó de una mano, me hizo incorporar y me acercó hasta mi Señora. La sumisa asistente tomó el cojín y lo desplazó a los pies de mi Señora. Me arrodillé de nuevo sobre él, a Sus pies, esta vez, mirándola a los ojos.

- ¿Has venido libremente y sin coacción, a someterte al servicio de tu Señora?.- me dijo, la maestra de ceremonias.- Así es Señora.- contesté.
- ¿Aceptas libremente someterte a partir de hoy a tu Señora?.- Gustosamente acepto, Señora.
- ¿Renuncias a partir de hoy a cualquier otra relación que no sea con tu Señora?.- Si, renuncio con agrado Señora.
- ¿Te someterás única y exclusivamente tu Señora, tanto física como mentalmente?.- Si, me someteré, Señora.
- ¿Juras solemnemente que llevarás a cabo tu servicio lo mejor posible, que te darás completamente a tu Ama, sin poner ningún obstáculo a Su voluntad?.- Así lo juro, Señora.
- ¿Qué ofrendas has traído ante nuestra presencia como expresión del servicio que deseas ofrecer?
- Traigo mi cuerpo, mi alma y mi mente, que ofrezco a mi Ama deseada.- dije, desprendiéndome de la capa. - Traigo mis votos que me convertirán en el sumiso de mi Dueña. Traigo un ramo de flores que representa la inocencia de mis intenciones. Traigo la cuerda con la que deseo representar mi atadura a mi Señora. Traigo mis votos y mi contrato de sumisión como prueba escrita de mi libre voluntad a someterme a mi Señora. Traigo esta correa, para que mi Señora me guíe y me dirija en mi sumisión. Traigo esta cuerda roja que simboliza mi regalo de sumisión, y se la ofrezco como prueba de mi entrega. Traigo este anillo como señal de sumisión absoluta a mi Señora. Traigo esta rosa blanca para sellar mi sumisión para siempre.
- Lee tus votos de sumisión.- me indicó la maestra de ceremonias.
- Me comprometo solemnemente a obedecer a mi Señora inmediatamente, sin reserva y sin vacilación en todo lo que pida de mí. Me comprometo solemnemente ser hermoso a sus ojos, y sonar gracioso a sus oídos. Me comprometo solemnemente a servirle de la forma que mi Señora desee, con todo mi cuerpo y mi alma, en todo lo que desee. Me comprometo a que no habrá en este mundo nadie más importante que mi Señora, ni nada más importante que estar a Su servicio.

La maestra de ceremonias tomó mis manos, y puso las palmas sobre las rodillas de mi Señora, y se dirigió a Ella.

- ¿Aceptas a este sumiso en propiedad?.- Si, lo acepto.- Respondió mi Señora. Una alegría y un escalofrío recorrió mi cuerpo.
- Ahora, dirígete a él.- Mi Señora me miró a los ojos, yo la miré, y sostuvimos las miradas.- Repite tras de mí.- me ordenó.
- Soy tu Ama, Dueña y Señora.- Usted es mi Ama, Dueña y Señora.- dije.
- Eres mi sumiso.- Soy Su sumiso, mi Señora.
- Tu alma, tu cuerpo y tu mente son Mías.- Mi alma, mi cuerpo y mi mente son Suyas, mi Señora.-
- No tendrás más voluntad que la mía.- No tendré más voluntad que la Suya, mi Señora.
- Obedecerás Mis palabras y Mis deseos.- Obedeceré Sus palabras y Sus deseos, mi Señora.

El Amo asistente, fue alcanzando los objetos de la mesa a mi Ama. Mi Ama los fue tomando, y diciendo:

- Desnudo vienes a mí, tu voluntad también estará desnuda. Recibe tus símbolos de sumisión. Con estas muñequeras y tobilleras simbolizo que todo está restringido a Mi voluntad.- me los fue colocando.- Con este aroma represento la pérdida de tu identidad en la Mía.- me roció con el perfume que escogió para mí.- Con este collar simbolizo que todo tú me perteneces en público y en privado.- me lo colocó, con sus tres anillas preciosas y el símbolo de mi Dueña grabado, sintiendo el cuero alrededor de mi cuello, con ilusión, emoción y orgullo de recibirlo.- Con este símbolo quedas marcado indeleblemente como de Mi propiedad.- mientras me colocaba la gargantilla y el anillo.- Con este látigo azotaré tu cuerpo para que sepas lo que te ocurrirá en caso de desobediencia.- El Amo asistente me sujetó las anillas de las muñequeras a las anillas laterales del collar, y mis manos entrelazadas tras la nuca, de rodillas. Mi Ama se colocó tras de mí, y comenzó a darme diez latigazos fuertes, a los cuales aguanté sin quejarme, orgulloso de que todo el mundo pudiera ser testigo de mi entrega a mi Ama. Tras aquella demostración de entrega, me liberaron las muñecas del collar.

Acto seguido, la maestra de ceremonias indicó a la sumisa asistente que me fuera alcanzando mis ofrendas, y me dijo.- Sumiso, muestra tus ofrendas.

- ¿Con qué objeto Me traes este ramo?.- preguntó mi Ama. - Con el fin de entregarle mi inocencia.- respondí.

- ¿Con qué objeto Me traes esta cuerda?.- preguntó.- Con el de que ate mi voluntad, mi mente y mi vida.- respondí.- Que así sea.- dijo mi Ama, tomando la cuerda y comenzando a atar nudos con ella sobre mi cuerpo.- Por el nudo número uno, tu lazo se ha atado, tu vida estará junto a la Mía. Por el nudo número dos, te prometo que acepto tu regalo y que comenzaremos una nueva vida. Por el nudo número tres, tu sueño se cumplirá, y Me entregarás toda tu pasión. Por el nudo número cuatro, te prometo aún más, que Mi Cariño por ti seguirá creciendo. Por el nudo número cinco, a partir de este día Mi poder estará contigo, con honradez y respeto. Por el nudo número seis, Mi control llevará tu cuerpo a la tierra y tu espíritu al cielo. Por el nudo número siete, el placer de la carne se consumará en Mi voluntad. Por el nudo número ocho, el placer del espíritu nos reforzará al uno en el otro. Por el nudo número nueve, Mi Amor por ti brillará siempre, el pensamiento de la eternidad se Me hace divino.

- ¿Con qué objeto Me traes esta correa?.- Con el de que guíe y dirija mi viaje en sumisión; pues es mi deseo pertenecerle y seguirle allí donde Usted elija llevarme.

- Acepto gustosa la tarea.- dijo mi Ama, enganchando la correa en el collar.- Recompensaré el servicio con placer y el incumplimiento con dolor. Ahora póstrate ante mí.- Me postré completamente frente a mi Ama, la frente sobre el suelo, los brazos extendidos hacia Ella, mientras puso uno de Sus zapatos de tacón sobre mi cuello.- Soy tu Ama, Dueña y Señora. Y no serás de ninguna otra mientras yo te posea. He hecho que despiertes de tu sueño y te he traído al reino de Mi voluntad.- Y me hizo incorporar, pero permaneciendo de rodillas. Mi asistente me dio la rosa blanca para que la sujetara entre mis manos. El Amo asistente acercó a mi Señora la rosa roja, para que la tomara entre Sus dulces manos. Ella me desabrochó el collar, lo pasó sobre la llama de uno de los cirios de la mesa, dejando que el fuego lo acariciara suavemente, y me lo volvió a colocar en el cuello, mientras me dijo:

- Te protegeré y te guiaré eternamente.- Con una espina del tallo de su rosa roja, me pinchó en el dedo corazón y dejó caer dos gotas de sangre en mi rosa blanca. Luego ofrecí las espinas de mi rosa a mi Ama, y se pinchó en Su propio dedo dejando caer dos gotas de sangre a Su rosa, una separada, la otra sobre una de las gotas de mi sangre. Después, unimos nuestros dedos heridos y nos besamos, como señal de cumplimiento de nuestros votos.

Los asistentes tomaron la cadena, la pasaron por las llamas de los cirios y nos envolvieron con ella, mientras nosotros nos mirábamos y nos besábamos profundamente en la boca, y al final, repetimos juntos "Nuestras almas están unidas para toda la eternidad, como Ama y sumiso". Unimos nuestras rosas, dejando que la sangre de la rosa blanca besara los pétalos de la rosa roja, e intercambiamos las flores.

Nos quitaron la cadena y nos la envolvieron en una tela sedosa, para entregárnosla después de la cena de rol. Nos entregaron un jarrón para depositar las rosas, que adornarían de esta manera nuestra mesa en la cena de rol, y más tarde, nuestras habitaciones.

A continuación mi Ama me sonrió, me tomó de la mano, me hizo incorporar y nos dirigimos, encabezando la comitiva junto con el resto de asistentes, a disfrutar de la cena de rol.

Autor: fetslave\_de\_Uranthia



## **Ella le siguió**

Ella le siguió, con una mezcla de expectación, miedo, nerviosismo inquieto, y mucha, muchísima curiosidad.

Así no era como solía hacer las cosas. Demasiado rápido. Apenas le conocía...

Le transmitía seguridad, confiaba en él, pero en un rincón de su mente, su parte más racional le repetía que apenas se conocían. Una conversación en un bar, y todo fluyó con una naturalidad surrealista. Se sintió absorbida y se dejó llevar. Y le gustaba esa sensación.

Su piso era sencillo, espacioso y decorado con gusto. No había nada que destacara especialmente, pero el conjunto lo hacía acogedor, cómodo y bonito. Oía bien y estaba ordenado. << No parece el piso de un psicópata, de momento vamos bien>> pensó ella.

Él la invitó a sentarse en el sofá, luego llenó dos copas con vino tinto, y se sentó junto a ella ofreciéndole una de las copas. Brindaron, y se quedaron en silencio, mirándose fijamente. Ella no se atrevía a decir palabra. Sentía cierta vergüenza pero no quería apartar la mirada. Ese hombre había logrado hacer que ella se abriera y le contara todas las fantasías que su mente había elaborado en los últimos meses. Fantasías alimentadas por el descubrimiento del BDSM, a través de unos libros que le recomendó su mejor amiga.

Desde un primer momento se dio cuenta de que él podía seguir la conversación sin ningún problema. Incluso decía algún tecnicismo aquí y allá para ver si él le preguntaba el significado, pero no lo hizo. La conversación continuaba y quedaba patente que entendía de lo que estaban hablando. <<Ha hecho los deberes, debe ser un experto en esto>>. Pero se sorprendió al escucharle decir que en realidad no tenía mucha experiencia. Era modesto. Había leído mucho sobre el tema, había practicado ciertas técnicas de la mano de expertos, pero admitía que el proceso era y debía ser lento. Sin prisas, para ir asimilándolo todo. Las prisas no suelen ser buenas consejeras, y en unas prácticas en las que una de las dos partes no tiene control, mucho menos.

Saber esto la tranquilizaba. Había leído en su web BDSM habitual que existen autoproclamados 'expertos' que dan mala reputación a éste mundo. En ocasiones puede resultar incluso peligroso caer en manos de individuos así. Pero él era un hombre sensato, y como ella no tenía ninguna experiencia, le pareció incluso más excitante éste hecho. Alguien junto a quien aprender.

Estaba deseosa de empezar. De entregarse a ese hombre que la había cautivado a una velocidad vertiginosa. Sentía prácticamente todos los sentimientos que se pueden sentir, todos a la vez, en un torbellino de fuego y electricidad que parecía tener dentro del estómago. Y en su sexo. Ahí también lo sentía. Se sentía preparada para cualquier cosa.

Aun sosteniendo la mirada, escuchó las palabras que deseaba oír:

- ¿Empezamos?

Ella asintió, y la sensación en su estómago se intensificó. Luchó por tragar saliva y, por primera vez en su vida, dijo:

- Sí, señor.

Siguiendo sus órdenes, se levantó, a unos 80 centímetros de él. Era su primera 'sesión'. Ya habían hablado de límites, de palabra de seguridad, de gustos y preferencias... y ella no se conformaba con estar a la altura. Quería sobresalir. Estaba determinada a impresionarle.

Llevaba un pantalón beige ajustado, una blusa negra con encaje en los hombros, y unos zapatos negros sin demasiado tacón. Su pelo era completamente negro y liso, a la altura de los hombros, y lo que más destacaba de ella eran sus ojos verdes.

- Desnúdate lentamente. Primero los zapatos y calcetines.
- Sí, señor.

Había empezado, y su corazón estaba dando saltos de expectación.

- Ahora la blusa
- Sí, señor...
- Y el pantalón...

Ella deseaba saltarle encima y besarle. Es lo que habría hecho en circunstancias normales. Pero esta vez era distinto, porque tenía un rol. Era sumisa y, al contenerse para acatar sus órdenes, notó que mojaba sus bragas.

Nunca se habría imaginado que contenerse la excitaría tanto. No podía ni imaginarse cómo sería el sexo...

- ¿Estás cachonda?
- S - Si, mucho... (su voz entrecortada)
- Si, ¿Qué?
- Sí, señor.
- Ahora el sujetador y las bragas.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Trató de quitarse la ropa interior con sensualidad, aunque estaba tan nerviosa que no estaba segura de si sus movimientos eran sensuales o no.

Se quedó en pie, completamente desnuda, y más húmeda de lo que había estado nunca. Su vagina estaba hinchada podía sentir el latido de su corazón en ella.

- Acércate.

Ella dio dos pequeños pasos, hasta quedar sus piernas entre las de él.

Le acarició el muslo, y un relámpago recorrió todo su cuerpo. Inspiró por la boca emitiendo un gemido ahogado.

- Arrodíllate

Al tenerla arrodillada entre las piernas, la cogió con ternura, apoyó la cabeza de ella en su pierna izquierda, y mientras la acariciaba le susurró al oído << Buena chica, por hoy no vamos a hacer nada más>>.

Ella levantó la cabeza, mirándole a los ojos con sorpresa. Estaba a punto de hablar. Quería decirle que no era suficiente, que estaba preparada para seguir adelante, que estaría a la altura... Pero no fue necesario.

- No tengas prisa. No quieras correr. La confianza es algo que funciona en ambos sentidos. Hoy me has demostrado que confías en mí, que eres capaz de entregarte. Y yo quiero demostrarte que merezco tu confianza. Que tengo autocontrol, y que, aunque ardo en deseos de seguir adelante, puedo esperar a la siguiente sesión.

...No tengas prisa, tenemos todo el tiempo del mundo...

Autor: Steady

## **Decadencia y renacimiento**

..."Me miré en el espejo sabiendo que mi alma estaba del otro lado, no quise cerrar los ojos, deseaba crecer, ansiaba estar con ella, pero los pedazos de mí, intentaban recomponerse, pequeños, pero lo suficientemente grandes para hacerme daño. Aun así, mi voluntad, mi esfuerzo y la persistencia, logrará alzarme"...

### **...La Confianza...**

Cuando estás rodeado de serpientes, el camino es más penumbroso, no es fácil realizar una distinción clara y estás asustada y desvalida. Necesitas acciones claras para escapar de esa situación complicada, pero temes avanzar sabiendo que una u otra puede clavar su mandíbula sobre ti. No dejan de mirarte y tus ojos no se apartan de ellas, esperando cualquier reacción. Inmóvil, silenciada, con la sangre caliente de tanto bombear y el cerebro bloqueado, esperas y esperas....

La confianza es primordial en este mundo, debes situarte de espaldas a la persona elegida, cerrar los ojos y dejarte caer hacia atrás, esperando que sus manos te recojan. Ese tipo de acción es peligrosa cuando no tienes experiencia y eres débil ante cualquiera. Debes recordar quien eres, debes recordar quien es él y cuál es la función de los dos. Hay que arriesgar en todos los sentidos, puede que tu instinto esté de acuerdo y cuando decides lanzarte, él no te recoja! Entonces eres consciente que te has equivocado y que esa persona no era la adecuada. Tu cuerpo está dolorido física y mentalmente debido al duro golpe. Al principio no puedes reaccionar, pero sabes que no puedes estar en el suelo a pesar de las magulladuras, intentas recomponerte sin perder la compostura, visualizando su fría mirada, sintiendo su irónica sonrisa sobre ti, percibiendo que te ha utilizado. Con el orgullo malherido, triste, sin poder apenas articular palabra y con deseos únicos de sollozar, te levantas, caminando despacio y cerrando la puerta a tu salida.

Una vez pasado el umbral, sin entender el por qué, tus piernas te ayudan a correr con fuerza para salir inmediatamente de ese lugar. No quieres pensar, pero tu mente ajena a ti, te perturba constantemente con todo lo que ha sucedido. En ese momento te sientes frágil, como una bailarina de porcelana, que gira alrededor, cuando se le da cuerda. Tu disociada mente te mortifica haciéndote saber que ya te lo había advertido, y aunque intentas apartarla, sigue ahí acechándote.

A medida que el tiempo transcurre vas recuperando la cordura, pero en los días previos, tus pequeñas piezas quebradizas no pueden recomponerse, y no cesan tus oscuros pensamientos respecto a lo que ha pasado. No llegas a comprender lo sucedido y tus constantes pensamientos destructivos sobre aquella persona en la que tú creíste y brindaste para entregarle tu alma, te ha herido.

En la decadencia, los sueños son más profundos, más inestables, puedes sentirte perdida y sola, sintiendo tu mente como le reclama en silencio, pero como un mago que extrae un conejo de su chistera, renaces y gritas " ahora puedo sentirme mejor y es gracias a ti".

Pobre chica delicada y desvalida, su inestable soledad la hace vulnerable. No sabe reaccionar, no sabe reír, no sabe llorar. Se encuentra en un mar de sensaciones, perdida, abandonada, sola. Su angustia no la deja respirar, ¿podrá exhalar una burbuja de aire? ¿Podrá cambiar su dirección? No hay tiempo para retroceder, no hay tiempo para pensar, su corta vida está reducida a cenizas. ¿Podrá creer en otra alma más?

Su mochila está llena de sueños rotos, personas desaparecidas, lugares recónditos, pero en ese preciso momento ya ha perdido su identidad. En la



oscuridad sin ningún factor externo, se siente ella misma, se siente libre. Puede mostrar quien es en realidad, sin disfraces, sin ninguna indumentaria, desnuda ante su alma. Ya no puede volver a casa, no encuentra esa calidez ya no es su lugar, y su corazón está demasiado frío para reaccionar. Intenta llamar a alguien, necesita que la vean, pero su voz débil, no alcanza el oído de nadie, ¿podrá seguir de pie? ¿Podrá conocer otro sentimiento? ¿Alguien le mostrará otro camino? ¿Será otra heroína más?

La experiencia marca tu nivel de resistencia, tanto en los triunfos como en las derrotas. A menudo, después de una gran decepción, pasado el período correspondiente, vuelves a alzar la cabeza. Las metas y los objetivos cambian y tu capacidad instantánea te ayuda a visualizar con perspectiva y a abarcar nuevos horizontes. Entonces te sientes mejor y vuelves a tener la fortaleza para nuevas conquistas.

### **RENACER...**

Corrí hacia ti, con los ojos vendados, con la piel sensible y con el alma entregada, guiada por ti.

Cuando la espuma del mar va perdiendo su fuerza, la intensidad del oleaje se disipa en la orilla descuidando su briosa compostura y cada brazo ondulante que ejerce el mismo movimiento, realizando idéntico recorrido, no vuelve a ser el mismo, todo es diferente...

A pesar de los días nublados, que ejercen más presión sobre tu desvanecida mente, hay recodos donde los rayos del sol, van penetrando pudiendo atravesar la frondosa niebla.

Entonces existe un día insospechado, donde los sombríos y dañinos recuerdos, se evaporan infundidas por la calidez, el respeto, la atención y la amistad. Pero hay una fecha indeterminada que tu alma se envuelve de ilusión, de emoción, de esperanza y de deseo, y te das cuenta que existe una persona afín, que es capaz de convertir tu corazón en fuego y de hacer arder la sangre por tus venas. Su nueva savia ha penetrado tu piel recorriéndola pausadamente, proporcionándote sensaciones jamás vividas, marcándote de cerca hasta llegar a tu mente, donde su fuerza nubla la cordura. Esa descarga imperceptible, si es compartida, no puede detenerse, no puede alejarse, queda imantada. Ese día percibes que es él el elegido, el que te ayudará a crecer, el que entregará tu más preciada riqueza.

Los días se fusionan con las noches y tu mente aliviada, recita su nombre constantemente. Las conversaciones mantenidas día a día son musitadas como dulces melodías. Te aferras a sus notas, como propiedad privada, recitándolas asiduamente hasta que tu piel, sensible, denota sus impulsos a tu entendimiento, dejando su firma.

¿Quién dijo que después de la tempestad aparecería la luz? ¿Hay poeta que pueda revelar una composición menos complicada?

Yo soy tú y tú eres yo....

Autora: hikarinikkou

## La primera vez

Se conocieron en un foro de BDSM y durante mucho tiempo estuvieron hablando acerca de sus gustos y sus límites, de sus deseos y de sus limitaciones, primero a través de un ordenador y posteriormente en persona, y cuando llegó el momento oportuno ambos decidieron que había llegado el día de hacer realidad sus fantasías. De mutuo acuerdo eligieron una suite en un hotel, un lugar ajeno para ambos en el que pudieran sentirse cómodos y confiados; el reservó primero y a primera hora de la tarde, después de que hubiera comido y descansado después de su jornada laboral, le ordenó mediante de un mensaje de texto que se dirigiera al hotel convenido, que él le esperaría en la suite que habían reservado y que debía llevar puesto.

Mientras se dirigía hacia el hotel, un sinfín de pensamientos se arremolinaban en su cabeza, si bien es cierto que le atraía poderosamente el bdsm y que él era una persona culta, educada y con la mente equilibrada; la sola idea de estar a merced de una persona a la que apenas conocía y que la iba a atar y producir dolor le producía un cierto temor.

Tal y como él le había indicado, dió tres golpes en la puerta y ésta se entreabrió, el corazón le dio un brinco, se sintió como si fuera a saltar al borde de un acantilado. Esperó unos cinco minutos de pie ante la puerta y finalmente entró, la suite estaba a oscuras a excepción de dos filas de velas que marcaban el camino que debía seguir y que la condujeron hasta él. Bajo aquella tenue luz pudo distinguir su silueta, se había vestido de negro y en la mano sostenía una fusta, había algo anacrónico, misterioso, sobrecogedor en aquel ambiente.

-Detente y arrodíllate -su tono de voz había experimentado un cambio radical desde sus informales conversaciones alrededor de un café, era autoritario y transmitía seguridad en sí mismo-.

Muy lentamente se arrodilló sobre la moqueta, aquel era su primer gesto de sumisión y sintió un torrente de excitación que recorrió todo su cuerpo.

-Siempre que estés ante mí estarás con la cabeza agachada y te dirigirás a mi llamándome Señor, ¿está claro?

-Si... Señor -dijo bajando la cabeza-.

-Cada vez que me desobedezcas, protestes ante una de mis órdenes, o te olvides de algo, recibirás un azote y si reincides recibirás diez azotes como castigo, ¿de acuerdo?

-Si, Señor.

-Y para cualquier cosa que necesites, me pedirás permiso, ¿esta claro?

-Si, Señor, así lo haré.

-Ahora desnudate

-¿completamente, Señor?

-Si, y espero que se la última vez que cuestiones una orden mía, por lo tanto te voy a dar un azote. Ahora levántate -dijo señalando con el dedo y apoya las manos sobre la cama.

Con un gesto rápido le levantó la falda del vestido y ella se preparó para recibir su primer azote, se sintió expuesta, a merced de su amo aunque podía haberse marchado e increíblemente excitada; estuvo durante unos minutos en esa posición mientras el se deleitaba con la visión de aquellas nalgas prominentes enfundadas en unas medias negras y un tanga del mismo color; y cuando creyó que ya estaba a punto descargó su fusta. Aunque ligeramente amortiguado por las medias, sintió el dolor punzante y la posterior quemazón y entonces sintió como su mano acariciaba suavemente la zona dolorida y el dolor dio paso a la excitación que se adueñó de su sexo.

-Ahora desnudate.

Aunque era una chica muy liberal y había estado desnuda ante muchos hombres, aquella vez era distinto; los hombres la habían desnudado apresuradamente llevados por la pasión o simplemente había follado con ellas semidesnuda, nunca había estado completamente desnuda ante un hombre que la observaba y se sintió expuesta, observada, sin intimidad. Sin mediar palabra abrió un cajón y extrajo el collar y se lo enganchó al cuello, lo tocó con sus manos, era un collar de cuero grueso, con tachuelas y estaba provisto de una argolla, aunque su interior

estaba forrado de suave terciopelo. A continuación se puso tras ella y le ató las muñecas a sus tobillos con una cuerda. Ahora no podía moverse, pero aunque hubiese podido no lo hubiera hecho, se sentía como hipnotizada, no era su cuerpo el que había sido inmovilizado, era también su alma la que era incapaz de resistirse. Entonces puso ante ella un cojín, le cogió por los brazos, y haciendo fuerza con sus manos hizo que se arrodillase sobre él, aquella mezcla de severidad y amabilidad de la que hacía gala su amo la desarmaba.

Él se puso a dar vueltas lentamente a su alrededor deleitándose en su cuerpo, recorriendo con su mirada cada centímetro de su piel, sus pezones excitados, la humedad que bajaba por sus muslos, su larga melena castaña, su piel suave. ¿Cuánto tiempo permaneció en aquella postura? Hubiese estado en esa postura por tiempo indefinido, pues no sentía dolor en las rodillas y ya no sentía la presión de las ataduras sobre sus articulaciones, de no ser por un creciente deseo de orinar, aguantó cuanto le fue posible hasta que se vio obligada por su propio cuerpo -mas no por su mente- a abrir su boca.

-tengo que ir al aseo -gritó con un tono que oscilaba entre la súplica y el enfado-.

-¿No te había dicho que debías pedir permiso?

-Si amo -tragó saliva, consciente de que había cometido una infracción-, me he olvidado, no puedo aguantar más.

-diez azotes -contestó secamente- ahora vamos al baño.

Rápidamente le desató las manos y los pies y con un estirón de la correa la obligó a ponerse a cuatro patas y él comenzó a andar por el pasillo, ella le siguió gateando como si se tratara de un bebé hasta que él se detuvo frente a la puerta del aseo y con un gesto le indicó que entrara. Una vez dentro del aseo ella hizo el ademán de cerrar la puerta pero él se lo impidió sujetando la puerta con la mano.

-Me perteneces, ¿lo recuerdas? Mientras estés conmigo incluso tus actos más íntimos son míos y no te permito que te ocultes, ¿está claro?

-Si amo, perdoname, es la costumbre...

Tirando de la correa le obligó a sentarse en la taza del aseo, y cuando hubo terminado de orinar le ordenó que se limpiara y de otro tirón la sacó del aseo y la ordenó caminar a cuatro gatas hasta los pies de la cama, le obligó a ponerle los brazos en cruz y con dos cuerdas ató sus extremidades a la cabecera de la cama. Todo su cuerpo se preparó para su primer castigo, para el dolor y el placer; la excitación se adueñó de su sexo húmedo y abierto, deseó fervientemente que aquel suplicio terminara, era

preferible tener su carne azotada a esperar los golpes de su fusta sobre su piel desnuda y en ese momento sintió como sus manos se posaban sobre su piel, ascendiendo desde el ombligo recorrieron su vientre y se detuvieron sobre su pechos, los masajeó sin piedad, lentamente, haciendo círculos, tomando con sus dedos sus pezones, después sus manos recorrieron el exterior de su sexo, sin entrar dentro de él, sus jadeos se hicieron cada vez más intensos, su cuerpo temblaba; su sexo estaba dilatado, húmedo, a punto de sucumbir ante el orgasmo, y justo en ese momento se detuvo y retiró sus manos, cogió la fusta y le dió un primer azote sobre sus nalgas, un estremecimiento se apoderó de su cuerpo y pronunció un leve gemido. Después vinieron los otros nueve azotes, con una breve pausa entre ellos, unos más fuertes, otros más débiles y así fue como ella descubrió que el bdsm era el placer a través del dolor. Cuando el décimo azote se estrelló sobre sus nalgas, acto seguido introdujo las manos en su sexo y ella se derrumbó ante un intensísimo orgasmo.

Tras desatarle las manos, ambos terminaron abrazados a los pies de la cama, agotados y felices por haberse encontrado mutuamente como dominante y sumisa

Autor: stauros.

## **El primer encuentro**

Me encanta recordar el día que por fin dimos el paso.

Meses antes las charlas por el chat, como tantos otros. Las dudas, las preguntas, las visitas conjuntas a blogs y el comentar lo que leíamos. Notábamos la química, pero teníamos nuestras dudas, como cualquier humano. Si por aquél entonces hubiéramos sabido lo que ahora sabemos, cuanto nos hubiéramos ahorrado. Pero claro, como digo somos humanos, y los humanos damos tres pasos hacia delante y uno hacia atrás... la gran mayoría.

¿Podría ser que habíamos hablado tanto? Nos habíamos contado toda clase de intimidades y cosas banales. Me hablabas de tus gustos musicales, culinarios, televisivo y sexuales. Me contaste como era cada detalle del cuarto de la casa compartida donde vivías. Me lo contaste todo. Qué hacías y dejabas de hacer. Tus amigos, tu familia, tus aficiones... Yo también te conté muchas cosas, aunque otras tantas me las reservaba, como seguro tu

hacías. Llegué incluso a hablarte del "triskel" que llevaba tatuado en el cachete derecho de mi culo, aunque no es algo de lo que hable generalmente.

Por fin decidimos dar el paso, y yo decidí ponerte a prueba. Esa misma tarde, te mandé un escueto mail en el que te decía: "Hoy no te desprendas de tu móvil, pase lo que pase". Fue algo sencillo de solucionar por lo que me contaste, con una simple cuerda con enganche, lo cogiste en tu cuello y así sabías que no te separarías de él en todo el día.

Eran las siete de la tarde y como habitualmente hacías los martes te fuiste al gimnasio. Me habías contado que siempre solías ponerte un pantalón de malla de color rojo. Encima, un top ajustado del mismo color, con una banda blanca que recorría tus pechos, el cual dejaba libre tu ombligo con el piercing en él.

"De Oimar:

No lloves sostén deportivo, que se vean tus pezones marcados."

Como cada día, entraste en la sala de máquinas. Te dirigiste a la zona de cardio y te subiste a la bicicleta para hacer tus 20 minutos de cicloestática. El móvil colgaba sobre tu pecho en el cual se marcaban tus pezones y enganchados a ellos los dos aros que te ordené un día por el chat perforarte. Sonó un mensaje.

"De Oimar:

Metete en el baño y quítate las bragas."

Obedeciste, aunque sabías que muchos de los que allí estaban y a menudo te miraban, se fijarían más en ti. Ya de por sí habían notado que no llevabas sostén y los aros se marcaban en el top. Incluso llegaste verlos cuchicheando, mirando en tu dirección. Esto te turbaba, pero al mismo tiempo te excitaba mucho. Sabías que ahora las marcas de tu excitación no se podrían disimular fácilmente. Volviste a tu bicicleta. Cerca de ti estaba el nuevo monitor. Me habías hablado de él. Me hablaste de cómo te gustaba la forma que tenía de decirte que hicieras las cosas. Dulce y a su vez firme. Como no dando opción a que dijeras: esto no puedo hacerlo. Él miraba hacia ti y al mismo tiempo hablaba algo que no podías llegar a escuchar con otros deportistas en la sala. Notaste como el color llegaba a tus mejillas. Seguramente estarían notando alguna marca en tus pantalones o tu top. Daba igual, cualquier cosa con tal de pasar la prueba. Es lo que querías, estabas convencida aunque muchas veces esa parte que te decía "déjalo" era demasiado fuerte. Sonó de nuevo el móvil.

"De Oimar:

Metete en baño de caballeros, entra en un escusado y te desnudas completamente. Masturbate pero hasta a punto de llegar. Luego sin limpiarte, vistete y sal de nuevo”.

Ahora si que notaste que toda la sangre se te subía a las mejillas. Sólo de pensar en la idea de masturbarse en un sitio con tanta gente hizo que los pezones se te endurecieran que hasta te hacían daño bajo el top. Tuviste que cerrar un poco las piernas, bajando el ritmo de pedaleo en un espasmo que sintió tu sexo. Volviste a bajarte de la bici y te acercaste hasta el servicio de chicos. Disimulando esperaste a ver si alguien salía y mirabas discretamente en su interior a ver si estaba vacío. Lo estaba y entraste. Rápidamente te metiste en el servicio y directamente al escusado echando la llave. Sobre esto no fui muy explícito, lástima. Te desnudaste completamente y te sentaste en la taza del báter. Entonces escuchaste como un grupo de chicos entraron en las duchas. Los escuchas hablar. ¡Hablaban de ti! De como se les había puesto al verte marcarlo todo. Escuchaste llamarte guarra, que te gustaría comérsela a todo el gimnasio, ¿a que sí? Seguramente te follabas todo lo que se movía, ojalá, ¿verdad? Te gustaron esos comentarios, porque te degradaban, te humillaba lo que podrían pensar de ti. “Soy una zorra pensaste, mmm. Me gusta”. Empezaste a tocarlo. Estabas chorreando. Tu sexo palpitaba. Estaba caliente como nunca. Estabas siendo usada por una persona a la que no conocías realmente, a la que ni habías visto en fotos, y que encima te mandaba cosas por mensajes de móvil! Suena el móvil de nuevo y rápidamente lo intentas parar, esperando que nadie lo haya oído.

“De Oimar:

Coge la escobilla, y métetela por el culo mientras te sigues tocando. Espero que no hayas llegado a correrte”.

Joder. Esto era demasiado. Estoy siendo una puta muñeca. Mmm, una puta... una muñeca. ¡Dios, sí! Casi tuviste que parar para no llegar. Cogiste la escobilla y escupiendo sobre el mango lo lubricaste llevándotelo al agujero del culo. Allí apretaste y sin problemas se introdujo un buen trozo en él. Como te gustaba ese orificio. Casi estuviste a punto de correrte de nuevo. Respiraste un poco lentamente y volviste a tocarlo. Después de unos segundos si que tuviste que parar porque ya no podías más. Un simple soplo de aire y hubiera hecho que te corrieses. Tu cuerpo temblaba. Estabas tan excitada que tus piernas tenían dificultad por mantenerse quietas. Te palpitaba todo, desde el coño, hasta tu pecho junto con la respiración agitada. Te vestiste de nuevo y notaste que dejabas una mancha en el pantalón. Ojalá no se den cuenta o todos me mirarán. Pusiste tu oreja sobre la puerta y escuchaste. Parece que los chicos se marchaban ya, una vez duchados y vestidos. Ibas a salir cuando, sonó de nuevo el móvil.

“De Oimar:

Calienta a uno de los del gym.NO FOLLES.NO TE CORRAS.Pero haz que se corra él.Dame un toque cuando acabes.”

¿Quéee? Joder, ¿me calienta para que luego caliente a otro? ¿Qué clase de juego es este? Hablamos de que a ambos nos gustaría probar cosas nuevas, tríos y cosas así, pero... no ahora, no así... ¿o sí? Sabía que en esta prueba se me iba a pedir mucho, porque mucho era lo que se podía ganar. Nadie llega a darse completamente sin confiar al 100% en la otra persona. Las dudas, los pensamientos de lo que estaba bien o mal y de lo que quería y no te asaltaron. Tenías que dar el paso, había que ser valiente y confiar. Abriste la puerta y te dirigiste rápidamente hacia la puerta del servicio para salir de allí. Pero al abrirla lo viste, él estaba ahí... El monitor del gimnasio se disponía a entrar en el servicio en el momento en que tú salías, con lo que chocasteis empujándose él para adentro. Durante un momento os mirasteis. El con cara de asombro y tú, con una cara de vergüenza y al mismo tiempo miedo. El sonrió al ver tu cara y torció la mueca a una sonrisa maliciosa. Pudiste leer su mente: ¿Qué haces tú aquí? Viste que te observaba de arriba abajo. Estabas paralizada. Y al mismo tiempo notabas la humedad de tus piernas, los pezones duros y tus pechos con un peso como el que nunca habías sentido. Y un leve gesto te delató. Te pasaste la lengua por el labio superior mojándotelo. Él lo advirtió y cogiéndote de los hombros te empujó levemente de vuelta al escusado, cerrando su puerta detrás. No hacían falta palabras. Da igual lo que él pensara. Tú tenías que poner caliente a uno del gym, y él te iba a sacar del apuro.

Te metió las manos bajo el top, levantándotelo con facilidad. Dejando al descubierto tus pechos que por la excitación parecían haberse agrandado dos tallas lo menos. Vio los aros en los pezones y los chupó tirando con los dientes de ellos. Luego los retorció, y tú apartaste tu cabeza soltando un gemido que esperaste no ser demasiado fuerte para que nadie lo oyese... Era un poco salvaje con tus pezones, pero eso te gustaba. Junto a su cuerpo musculoso parecías una pequeña muñeca de trapo. Por un momento fantaseaste cómo sería que te levantase y te manejase como él quisiera. No se anduvo por las ramas. Metió sus manos bajo el top y notó todo lo chorreosa que estabas. Sin compasión frotó sus dedos entre tus labios y los pellizcó. Qué puerco. Reconociste que sabía tocarte, y que si seguía así por mucho tiempo te correrías. Así que le sacaste la mano de la que ya había introducido un dedo. Te agachaste como pudiste, sin que te molestara el báter y le bajaste el short de deporte que no tenía atado. Iba sin ropa interior, como tú y una gran polla venosa se mostró ante ti. Viste que por su punta asomaba un poco de líquido preseminal y sacando la lengua lo chupaste. Él te cogió del pelo y tiraba de él. Tus labios notaron el calor de la sangre que recorría el pene en ebullición. Le escupiste para lubricarlo rápidamente y te lo metiste poco a poco en la boca. Entonces él en un súbito golpe te la introdujo entera, dándote en el fondo de la garganta y haciendo que te apartaras atragantándose. Al mirar hacia arriba viste que



con una sonrisa maliciosa se llevaba el dedo a los labios y te decía que "silencio". Hijo de puta, pensaste. Si al final hasta te iba a gustar el chupársela. Empezaste a chupársela con más ahínco, cada vez metiéndotela más profundamente. Tu boca se llenaba de babas, y de tan profundo que entraba se te saltaron algunas lágrimas. Chupaste como si de una pajita se tratase. Ibas a extraer hasta el último espermatozoide de sus huevos. Entonces te cogió la cabeza e inmovilizándotela empezó a follarte la boca. Notabas como sus embistes eran cada vez más rápidos, por lo que sabías que estaría a punto de correrse. Cuando su cuerpo se tensó de forma que sabías que ya llegaba su caliente esperma, sacó la polla de tu boca, para asombro tuyo y se corrió sobre todo tu cuerpo, manchándote la cara, el pelo, el top, tu pecho... fue increíble todo cuando echó sobre ti.

Tu lengua recorrió parte de tus labios a medida que ibas atrayendo con el dedo el semen que había por tu cara.

Al acabar y aun con los pantalones bajados, viste que te dijo con guasa: "Esto dejará mancha" y sonrió. Sin esperar a que te vistieras abrió la puerta y mientras salía empezó a subirse los pantalones y lo viste. Viste el triskel en el cachete derecho. Un movimiento tan sutil para que pareciera que era involuntario, pero que estaba destinado a que tú lo vieras perfectamente. Mientras él dejaba la puerta del escusado abierta y salía por la del servicio tú te quedaste en el servicio con cara de perplejidad. Tu cerebro aun no asimilaba lo que había visto. Sólo el sonido del móvil te sacó de tu ensimismamiento.

"De Oimar:

Vete a casa. Lavate. Esta noche a las 10 en la puerta de tu casa, vestida como un verdadero putón. Es hora de que nos veamos."

Autor: Thoros.

## **Mi desayuno**

En el suelo de parqué, resonaban los zapatos con tacón metálico. Avanzaba envuelta en su traje de látex negro. Iba con una coleta cogida por unas gomillas rojas y en su mano derecha llevaba una pequeña fusta acabada en una pequeña mano plana, mientras que en la izquierda llevaba un cubo metálico con agua.

Giró la llave de la puerta de la habitación que había al fondo del pasillo. Escuchó abrirse los cerrojos dobles y penetró en ella. Una leve luz se filtraba entre los visillos que había en la única mini-ventana que adornaba el cuarto. Se acercó con paso decidido hasta un lateral del cuarto, donde había una sábana blanca que tapaba algo. Al tirar de ella, descubrió una jaula de perro de metro y medio de largo por algo más de un metro de alto. En su interior, una figura masculina atada con los brazos a la espalda y un bozal, se encontraba unido a los barrotes por una cadena que acababa en un collar de perro en su cuello.

Al ver que la figura aun dormía, sin haberse percatado de su presencia, vertió el contenido de agua fría del cubo sobre él. Inmediatamente vio moverse con espasmos al hombre que estaba encadenado.

- Bueno días cachorrito, ¿remoloneabas? Niño malo...

El hombre no alcanzó a decir nada, puesto que la mujer metió por entre los barrotes la fusta y golpeó varias veces la cabeza del hombre.

Acto seguido, se levantó un poco la falda, dejando al aire un sexo perfectamente rasurado con un aro en cada uno de sus labios exteriores. Se puso a horcajadas sobre la jaula, abriendo bien las piernas y se inclinó levemente sobre ella.

- Mmm, ¿has echado de menos a tu Dueña, mi niño? Seguro que sí. Vamos, demuéstreme como me has echado de menos... – dijo al tiempo que tiraba de la cadena hacia arriba.

Haciendo esfuerzos por estar atado y notando que su Dueña tiraba de la cadena hacia sí, irguió el cuerpo como pudo y sacando la lengua entre el bozal y los barrotes, lo acercó hacia el sexo de ella, jugueteando como pudo.

Ella tiraba más hacia sí de su cadena, como si intentase que traspasara la jaula.

- Buen chico, buen chico... veo que si que me echabas de menos. Ven, te voy a sacar para dar un paseito.

Se volvió a bajar de la jaula y abrió el candado que cerraba la puerta con una pequeña llave que llevaba enganchada a la muñeca. Quitó la cadena de los barrotes de la jaula y tiró con brusquedad hacia fuera haciendo que el hombre tropezara con los barrotes varias veces hasta que logró salir. Una vez fuera, este se quedó de rodillas y su Dueña le quitó el bozal dejándolo sobre la jaula. Lo desató de manos y este empezó a andar hacia la puerta. Mientras andaba, su Dueña le fustigaba el culo, donde se empezaban a ver las señas que dejaba.

Llegaron hasta la cocina, donde la Dueña soltó la cadena y se sentó en una banqueta cruzando las piernas. El zapato de tacón colgaba de su pie, el cual se dispuso diligentemente a chupar y a besar el hombre.

- ¿Qué tenemos hoy para desayunar, mi perrito? ¿Algo bueno? – Dijo la Dueña al tiempo que acariciaba el pelo de hombre.

Este se levantó y se movió ágilmente por la cocina, poniendo sobre una bandeja un tazón de leche, una jarra de café, un bote de miel y puso un par de rebanadas en el tostador. Cuando estas terminaron, las puso sobre un plato y acercó la bandeja a su Dueña, al tiempo que se arrodilló a su lado, con la lengua fuera a la espera de alguna minucia que su Señora quisiera compartir.

Esta cogió una cucharada de miel y la untó en una rebanada de pan la cual se llevó a la boca. Mientras la mascaba con gran placer, volvió a meter la cuchara en el tarro de miel y esta vez hizo que goteara sobre el pie desnudo, lo que el perro aprovechó para lamerle vorazmente sus dedos. Chupó con ahínco dedos, empeine, tobillos... mientras su Dueña seguía comiendo su tostada. De repente esta se quedó buscando algo en la bandeja y al ver que no lo encontraba se dirigió a su perro, quitándole de la boca los dedos de su pie. - Mmm, ¿qué nos falta? – Torciendo la boca en una muesca.

Al escuchar esto, el perro se dio cuenta de su error, y bajando la cabeza la Dueña lo vio temblar.

- Mi señora... falta el edulcorante. Se me tuvo que pasar en la compra de ayer. – Sus mejillas denotaban un claro enrojecimiento movido por las imágenes del castigo al que sería expuesto por dicha falta.

La Dueña lo miró con dureza, frunciendo el ceño, mientras se mantenía en silencio pensando cómo iban a discurrir los acontecimientos venideros. En un momento pareció que su cara se relajó y ordenó al hombre:

- ¡Túmbate! – Al tiempo que daba una palmada en la mesa.

El hombre se tiró inmediatamente al suelo boca arriba, dejando sus brazos al costado, quieto, completamente inmóvil. La Dueña se levantó y poniéndose encima de su torso y clavándole los tacones, abrió una de las portezuelas de la alacena y alcanzó a coger un embudo que había en una de las repisas. Dejó el embudo sobre la encimera y se quedó con ambas piernas abiertas a ambos lados de la cabeza del hombre.

- Veo que últimamente siempre eres un poco descuidado con la compra... ¿No será que lo haces a propósito? Creo que debería castigarte son comer unos cuantos días... Si no fuera porque eres el chiquitín de mamá... – Decía

esto al tiempo que había cogido la fusta y le golpeaba en los muslos, sin que el hombre osase moverse lo más mínimo.

- Eso sí, sabes lo que me gusta el café por las mañanas y no me lo puedo tomar si no tiene sabor dulce... A ver cómo lo arreglamos.

Entonces se agachó y se colocó en cuclillas sobre la cara del hombre, dejando que todo su sexo rasurado se acoplase sobre la nariz, boca y ojos del hombre. Aun tuvo de moverse un poco hacia delante y hacia atrás, para que el acoplamiento fuera perfecto. Con la fusta empezó a acariciar la polla del hombre, soltándole de vez en cuando algún golpe en los testículos. Este, que ya conocía lo que deseaba su Dueña cuando se ponía en esta posición, sacó la lengua al tiempo que chupaba el rico tesoro que le ofrecía su Señora.

- Mmm, eres un perro malo... y debería castigarte. Malo, malo... – Mientras decía esto, no dejaba de intercalar caricias de polla con golpes en los testículos con la fusta. Su cuerpo se movía adelante y atrás, haciendo que el roce fuera mayor, raspando boca, nariz, barbilla... contra su coño que empezaba a babear sobre la cara del hombre. Del placer y la postura incluso llegó a acumularse gases que expulsó sin ningún reparo sobre la cara del hombre. Veía como el sexo de su perrito cada vez se ponía más y más tieso, sabiendo que tanto tiempo de amaestramiento habían hecho que el tacto de la fusta con su pene lo excitara de sobremanera. Se empezó a notar muy chorreosa, y observó como su flujo manchaba completamente la cara de su perrito, el cual empezó a ver que se tenía problemas para respirar normalmente. Al mismo tiempo, su erección iba en aumento y su cuerpo se convulsionaba tanto por placer como por la sensación de ahogo en los fluidos de su Señora.

Con la percepción que sólo se consigue tras años de enseñanza y de observación, la Dueña sabía en qué momento su dulce perro estaba a punto de eyacular, con lo que cogió el embudo y tapó su pitorro. Los espasmos aumentaron. El sentimiento de asfixia por los fluidos que se colaban por la nariz y boca del hombre, producían en él agitación, que unidos a las caricias del glande por la fusta de su Dueña, hacían que llegara al éxtasis para eyacular. Acercó a la polla de su perro el embudo y con ágil habilidad aumentó el roce de la fusta con el glande, lo que hizo correrse en medio de grandes convulsiones.

- Muy bien, mi niño. Pero lo quiero todo, hasta la última gotita... – Lo dijo soltando la fusta y apretando la polla del perro hacia arriba, para que expulsara todo cuanto quedaba en su conducto.

Se volvió a levantar dejando al hombre en el suelo, con la cara completamente llena de fluidos vaginales, tosiendo, echando líquido por la nariz y boca. Cogió su taza de café y vertió un poquito de semen en su

interior. Se volvió a sentar en la misma banquetta, con la misma posición de piernas cruzadas, dejando el zapato descolgado.

- Si has terminado de toser, acércame tu tazón de comida.

Este era un plato para perros, que estaba en una esquina de la cocina, con poco de pienso y restos de carne enlatada para perros. La Dueña vertió el semen sobre estos restos, y dándole unos golpecitos en la cabeza, dijo sonriendo:

- El próximo día te dejaré sin comer.

Autor: Thoros.

## **El regalo**

No sabía, a quien de los dos le haría más ilusión el regalo, si a ella o a mí. Desde luego ella no sabía nada. Todo lo había planificado con la meditación y el secreto que siempre me ha envuelto.

Cuando aquella mañana fui a Correos por el paquete, acaricié su envoltura marrón como si de una reliquia se tratase. Dejé fluir mi mente hacia los rincones más oscuros de mi lascivia, regodeándome en las sensaciones que estarían por venir, notando como una presión crecía dentro de mis pantalones...

Me fui para casa inmediatamente. Aun tenía que preparar muchas cosas antes de que llegara ella.

Llegué a casa, solté las llaves en la mesa y me puse a desembalar el paquete y fui poniendo encima de la mesa su contenido. A su lado, coloqué un látigo de cinco colas que me había regalado mi amiga Gloria, una Ama a la que me unía algo más que simple amistad. Aparté el sillón que franqueaba la pared más larga del salón. Encima, había dos cuadros con fotografías en blanco y negro de una sumisa en dos posiciones distintas, solícita al Amo que la esperaba. Detrás de ellos, dos taladros en la pared escondían en su interior dos tuercas, donde coloqué sendas argollas que se atornillaban perfectamente en su interior. Tiré de ellas con fuerza, para comprobar que estaban perfectamente encajadas. En el suelo, aparte, coloqué dos cadenas en cuyos extremos había dos mosquetones y al otro lado, dos grilletes que había mandado forjar hacía ya tiempo.

El hierro siempre me había excitado muchísimo más que el cuero. Lo veía más primitivo, más inquisitorial.

Al lado de todo esto, coloqué una barra metálica en cuyos extremos había sendos grilletes.

Con todo esto preparado, miré mi reloj. "Dos minutos para su llegada. Perfecto".

Me senté en el sillón de una plaza que estaba colocado en frente a la pared y encendí un cigarrillo. En medio quedaba la mesa con el regalo y el látigo.

Justo a los dos minutos, escuché como alguien introducía la llave en la cerradura y la hacía girar. Abrió la puerta y allí estaba ella, rubia de media melena alborotada, piel pálida y suave. Vestía traje de chaqueta con falda y una blusa a medio abrochar, dejando entrever los dulces pechos que luchaban por salir de esta. Sin sujetador. Debajo de su falda, tampoco habría nada, como le había ordenado.

Al cerrar la puerta me vio sentado en el sillón. Nuestras miradas se cruzaron un segundo y acto seguido las bajó, como así le había enseñado. Dejó lo que traía en sus manos encima del mueble de la entrada, y se quitó la chaqueta que colgó en el perchero de madera que compré en uno de mis viajes.

No tenía que decirle nada. Ya nos conocíamos. Mientras empezaba a desabrocharse la blusa para dejar en libertad sus grandes senos, yo sabía lo qué le recorría su mente. Sabía que el verme esperándola no era por casualidad. En mi mente juguetona y caprichosa la quería hoy para mí y sólo para mí. Lo cual era algo que le gustaba. Nunca sabía cuando podría disponer de ella, y tampoco le importaba. Ella me había dado el control absoluto de todo su ser y yo, como un animal salvaje y enjaulado al que por fin le dan la libertad, le había arrebatado toda su vida. Era mi sierva, la única a la que le estaba permitido satisfacerme, y yo era el único Dueño de su placer. Sabía por tanto las reacciones a las que su cuerpo se enfrentaba ahora: Deseo... excitación... miedo...

Cuando terminó de quitarse la blusa, comenzó con la falda. Esta era bastante fácil de quitar, como yo le había ordenado en su día. Siempre tenía que estar accesible para mí, cuando yo lo deseara. La dejó caer al lado de la blusa, que descansaba arrugada en el suelo. Sólo se dejó los tacones negros, brillantes, que se unían a su empeine como si fueran una parte perfecta de su cuerpo.

Permaneció en la entrada, de pie, con las piernas ligeramente separadas, las manos atrás, la cabeza agachada y sus labios entreabiertos. Preciosa, deseable, sumisa...

- Pasa, preciosa. Hoy te he traído un regalo. – Dije a medida que señalaba con el dedo hacia la mesa.

Su mirada se posó entonces sobre el corsé que había encima de ella, al lado del látigo. En sus ojos pude adivinar el derretimiento que tenía que sentir en todo su ser. Sabía lo que deseaba un corsé, lo que le encantaba sentirse atrapada en todo su cuerpo, cortándole la respiración, sintiéndose desvalida, pequeña.

Me levanté y con un gesto le indiqué que se acercara. Cogí el corsé, que era de color blanco perla, de fina tela pero resistente. En su parte delantera unos bordados recorrían de arriba abajo todo el pecho, mientras que a la espalda se cruzaban los lazos que me servirían para ajustárselo a su piel, apretárselo para marcárseles los bordes de él. En su parte más baja, un letrerito bordado decía: Dita.

Ella levantó los brazos y por ellos metí el corsé, ajustándolo en su cintura. Encajaba a la perfección, ya que tensó los cordones de la espalda, de tal manera que pude ver el juego que tendría para apretarlos. Antes de ajustarlo, metí las manos por delante y tirando de las argollas que había taladradas en sus pezones, los saqué por fuera del corsé. El diseño del corsé había sido mínimamente cuidadoso para dejar sus maravillosos pechos expuestos con la fuerza y dureza como los estaba sintiendo en ese momento.

La hice girar sobre tus talones, y empecé a ajustarle los lazos de la espalda. A cada tirón, notaba como su cuerpo gemía y se estremecía. Sabía lo que le gustaba esta sensación. Lo notaba cada vez que le ataba sus pechos y torso con las cuerdas y siempre me pedía con la mirada que le apretase más y más. Nunca parecía tener suficiente.

Fui atando poco a poco, apretándolo todo cuanto mi fuerza daba de sí. Cuando acabé, pasé mis manos por su armadura, notando su dureza y como la sensación del tacto cambiaba al llegar a sus caderas. Quise comprobar su nivel de excitación, y metí las manos por la entrepierna. Como ya sabía a ciencia cierta, su cuerpo estaba reaccionando por la necesidad de satisfacción, a la espera de que le fuera otorgado el placer que durante días le había prohibido.

La empujé contra la pared, pegando a ella la mejilla y levantando los brazos pegados. Le aparté las piernas, y lo primero que le coloqué fue la barra de separación para dejar más expuesto si cabe su sexo para mí.

Estando a su lado arrodillado, noté el calor y el olor que desprendía su sexo excitado, mojado... suplicando que le llevara a un éxtasis hasta ahora no vivido, al nirvana que le era prohibido tan a menudo, simplemente por mis caprichos y al cual ella se sometía sin rechistar. Antes de levantarme, pasé mi lengua por él y por toda la hendidura que formaban sus perfectos cachetes. Vi como mi saliva lasciva goteaba por sus pliegues, al tiempo que ella dejaba escapar un suspiro.

Luego le coloqué los dos grilletos para las muñecas que, al tener la cadena corta hacían que esta tuviera completamente estirada de brazos.

La imagen era perfecta, su cuerpo encorsetado, perfectamente definido por la forma de éste, se abría ante mí gracias a la posición a la que le había obligado a adoptar. Estaba lista para mí, lista para dejarse marcar por mi fuerza transmitida por el látigo. En mi mente sólo flotaban las imágenes de las marcas que su cuerpo ampararían.

- Mi amor, si supieras lo preciosa que vas a estar... – Dije mientras cogía el látigo. A mi tacto crujió el cuero. ¡Qué sensación! El olor del cuero se mezclaba con el olor del miedo que surgía de mi pequeña. Cómo me gustaban estas sensaciones. Esta calma antes de la tormenta. Esta tranquilidad antes de que el aire fuera rasgado por el sonido del látigo al golpear en su dulce piel.

El primero siempre pilla desprevenido y a su vez suele ser el más bello de todos. En la piel inmaculada aparece la tira blanca seguida del enrojecimiento típico provocado por la cola que haya golpeado. Vi como apretaba los cachetes involuntariamente, a la espera del segundo golpe.

- No quiero que los aprietes. Sabes que me gusta ver que tu cuerpo está relajado y poder ver el agujero de tu culo.

Un segundo golpe, y de nuevo apretó los cachetes. Pasé mis manos por su culo, tocando las dos marcas que había dejado el látigo. Ayudándome de las dos manos, se los separé, al tiempo que notaba que los volvía a relajar, y le introduje un dedo en él, sin esperar a lubricar ni nada. Note como apretaba los ojos, pero inmediatamente los relajaba de nuevo.

- Mi zorrita, si no quieres pasarlo realmente mal, te aconsejo que seas todo lo obediente que espero de ti. No me obligues a tomar medidas que sabes que no te gustan.

Saqué mi dedo y volví a golpearla con el látigo. Una, dos,... diez, veinte veces. Indiscriminadamente pasaba del culo a sus piernas, golpeándola en la parte posterior y en el interior de los muslos. ¡Ah, cuanta razón tenían Ann-Marie en Historia de O, qué poco sabíamos los hombres de causar dolor a las mujeres!



De sus ojos brotaron lágrimas. Como si de un cuadro se tratara que alcanzaba la perfección, recordé esa frase que tanto tiempo habían marcado mi vida: Las flores con rocío en sus hojas, y las mujeres con lágrimas en sus ojos.

Pasé las colas del látigo por su sexo, dejando ver como algunas gotas corrían por su superficie. Lo acerqué a mi boca y saboree la mezcla del cuero con sus fluidos, dejando que mi mente se inflamara, al tiempo que me desabrochaba el pantalón.

Solté el látigo y metiendo mis dedos entre el corsé y su espalda, la obligué a arquear la espalda, haciendo que sacara más su culo hacia fuera.

Restregué mi endurecida polla contra su coño, dejando que fueran sus fluidos imparables los que me la lubricaran. Puse mi glande muy cerca de su sexo, apretándolo contra él, para que lo notara y por un segundo pensara que su Amo por fin iba a penetrarla.

Pero ese pensamiento fue tan fugaz. Ella sabía que yo no la penetraría por ahí. Que nunca más volvería a ser follada como siempre lo había sido. No era aversión lo que sentía por ese agujero, sino simple placer de negar aquello que tenía la posibilidad de negar.

Así que enfrenté mi polla al agujero de su culo y empujé hacia dentro, notando toda la fricción que producía en su culo. Había estado anteriormente preparando su agujero a conciencia, ensanchándolo a medida que iba haciendo que llevara cada vez más tiempo el plug de silicona que compramos.

El ver las marcas de su piel hacía que mi cerebro hirviera de lujuria. Mis movimientos se hicieron frenéticos rápidos, incontrolados. Notaba como arqueaba aun más la espalda, intentando subir más la pelvis para que la penetración fuera más profunda. Si por ella hubiese sido, desearía notarse empalada por mi dura polla.

Notaba las gotas que chorreaban de su sexo, salpicándome en las pantorrillas a cada embestida. De su garganta escapaban gritos de placer junto con sollozos por la brutalidad con que estaba siendo penetrada.

Cuando, loco de furia, mi cuerpo fue incapaz de contenerse me corrí con toda mi ansia en el interior de su culo, inundándolo completamente. En mi momento de éxtasis, veía su linda figura contorneada por el corsé y como ajustaba tan perfectamente su cintura que casi me hace perder la razón. Así me quedé agarrado a ella, jadeando y mezclando nuestros sudores con los fluidos que resbalaban por nuestros cuerpos.

Apreté sus cachetes al tiempo que sacaba mi polla aun erecta de su culo. Ella ya sabía que tenía que retener mi semen ahí, no era la primera vez que hacíamos este juego.

Volví a coger el látigo y crucé de nuevo su piel otras veinte veces más, como si de brochazos en un lienzo de tratase. Me encantaban sus marcas. Sabía que tendría que dejarla reposar unas semanas para volver de nuevo a tener una sesión como aquella. Pero durante este tiempo a ambos nos encantaría ver dichas marchas. A mí como autor de la obra y a ella, orgullosa de saber que su Amo había querido marcarla y que había sabido aguantar el dolor.

Desaté sus manos y la hice girar en el sitio, aun con las piernas separadas. Me tumbé en el suelo e hice que ella se agachara, quedando con las piernas flexionadas y completamente abiertas. Le llevé una mano a mi polla, indicándole que me masturbase, mientras que con la otra sabía qué tenía que hacer.

Ayudada aun por los fluidos que mi polla había escupido empezó a masajearme. Al mismo tiempo, introdujo sus dedos en su culo y dejó que el semen que tenía ahí oculto, chorrease por sus dedos. Los estuvo un rato metiendo y sacando, hasta que notó que tenía la mano empapada de mis flujos, y se la llevó a la boca, saboreando cuanto su culo le daba.

Al ver aquello, no pude aguantar más y volví a correrme, al tiempo que ella movía más brutalmente mi polla, dejando que mi semen escapase con descontrolados escupitajos. Su boca limpió entonces cualquier resto del esperma blanco que me manchaba, junto al que había chorreado por sus manos. Su lengua rosada y caliente, era perfecta para esas tareas.

Después se levantó y se colocó en posición de espera, hasta que yo me incorporé y le desaté sus pies. Le di un beso y un mordisco en el hombro mientras le indicaba que recogiera su ropa y que fuera al cuarto de baño, que enseguida iría yo. Mientras recogía la ropa, vi los libros que había dejado en la entrada. Entre ellos, la carpeta con la pegatina que rezaba por los derechos de las mujeres a no vivir maltratadas. Y le pregunté:

- Por cierto, ¿has dictado hoy sentencia contra el maltratador aquél?

Autor: Thoros.

## **laila**

Ella está leyendo de pie, desnuda. Luce sus pendientes y sus mejores zapatos. La pequeña chapa al frente de su collar dice "laila". "¿Cómo se llama su perra?", me preguntaron en la veterinaria. Entonces dije con naturalidad su nuevo nombre, al que solo responde conmigo.

Curiosamente se dice "perra" o "puta" como insulto, no como yo se lo suelo decir a laila. Lo que un humano puede aprender y valorar de los canes es la fidelidad, la obediencia, el valor, el hecho de confiar en el instinto, la entrega al macho alfa.

No la llamé puta hasta que se ganó ese elogio. Cuando fue consciente de todo su atractivo, su manera de lucirse para mí, sin vergüenza alguna; el descubrimiento de la sensibilidad de cada región de su piel, la libertad de entregarse por completo a mí porque era su mayor deseo, aunque la sociedad le hubiera enseñado otras cosas, y expresar su gozo con sus gemidos, sus posturas, sus palabras de agradecimiento con su mirada baja.

Se bien lo que está leyendo, porque yo lo escribí. Otras personas lo leerán, pero ella primero, se lo ha ganado. Su formación profesional la hace competente para un análisis lo más objetivo posible, y si debiera encontrar defectos y comentármelos con todo respeto, yo no esperarí otra cosa.

La primera vez que la vi también leía una de mis obras. Vestida, por supuesto, en un espacio público. Flotaba en el aire un agradable aroma a café. Estudiantes y profesores conversaban en las mesas sobre los más variados temas, casi en voz baja, aunque la biblioteca de Humanidades se encontraba a menos de 100 metros de allí.

Me llama la atención que no haya en el profesorado de Letras quien no haya leído a Sade o a Bataille. No pretendo compararme, pero me sentí afortunado: la hermosa y reconocida académica me estaba leyendo a mí. Sus cabellos negros recogidos, sus lentes de baja graduación, su vestimenta formal, le daban en aspecto entre sensual e intelectual que yo encontraba excitante.

Me acerqué y recité una de las frases de esa obra: "¿Por qué lucirás solo un antifaz? No porque cubra, sino porque destaca lo importante. Tus ojos, tus labios, el lenguaje de tu cuerpo, que dice más que tus palabras".

Ella levantó la vista y me miró un tanto confundida, seguro que le resultaba conocido. Mi foto estaba en la solapa del libro. Sonrió al confirmarlo. "¿Puedo sentarme?" , "Si, por favor", invitó con un gesto.

"Esto parece una invocación", bromeó.

"Una feliz coincidencia, aunque no suelo creer en casualidades, sino en causalidades."

Apoveché la ocasión para hacerme unas cuantas preguntas sobre mis obras, personajes, técnicas, mientras yo sentía crecer la química entre ambos, en un cambio del tono de voz, el encuentro de miradas sostenidas, los cuerpos ligeramente inclinados uno hacia otro y más cercanos.

"Sé que sonaría muy personal, tú dirás si respondes... ¿En verdad practicas el bdsm? ¿Hay algo de experiencia personal que al menos inspire estas obras?"

"Esa no es una pregunta sobre técnica, sino sobre intimidad. Me temo que para ser justo con quienes haya conocido, solo saben sobre mi intimidad quienes la comparten conmigo."

"En ese caso permíteme hacer conjeturas. Supongamos que si lo haces. Supongamos que yo formara parte de esa intimidad. En ese caso hipotético, me pregunto qué te inspiraría. Qué me harías."

"Acércate. – acerqué una mano como acariciando una de sus mejillas y susurré al oído.- Desnudarte sería apenas el principio, en tal caso te despojaré de tus máscaras, de quien crees que eres o lo que crees que conoces. Haré aflorar de tu más profundo interior tanto tus mayores inseguridades y prejuicios como los más prohibidos deseos que ni te atreves a confesarte a ti misma. Las fantasías que te harían temer que tú misma te sientas loca, pervertida o reducida a una hembra excitada. Te las haría notar para que te conozcas mejor que nunca, te aceptes, y te sientas orgullosa de lo que encuentres, y tu vida nunca vuelva a ser la misma. Así es de reveladora esa experiencia, como para que la mayoría de las personas prefieran vivir una mentira disfrazada de "normalidad", sea lo que eso fuere.

Ella tomó una de mis manos. –Acepto.- dijo.- Salgamos de aquí.

En las semanas siguientes noté los cambios tal como se los había anticipado. Desnuda, con los ojos vendados, las manos atadas hacia arriba, sintió los azotes en la cola, el hielo en los pechos, las caricias íntimas que la excitarían sin correrse hasta que yo lo permitiera. Sintió mis abrazos para confortarla, mis palabras de ánimo, mis premios y castigos. La vi salir hacia sus clases con su cuerpo previamente pintado con mis dedos, como un grafiti personal que indicaba mi propiedad. Solo ella y yo sabíamos lo que se encontraba bajo sus ropas. En uno de los meses siguientes me confesó que sabía que yo debía presentarme esos días en la Facultad para hablar ante un grupo de estudiantes. Había estado leyendo el mismo libro tres veces en el mismo sitio, y la tercera fue la vencida. Porque a esas obras les faltaba algo, le faltaba ella.

Ya casi termino mi copa de coñac. Ella ha terminado y cerrado el nuevo capítulo. Hago chocar mis palmas y ella viene hasta mi sillón despacio, en cuatro patas, buscando mis caricias. Es la primera en saber lo que me ha inspirado, mi nueva obra, mas a mí me gusta pensar que hay otra cuestión mayor, más importante y menos conocida: nuestra feliz relación, esa es nuestra obra.

Autor: Janius.

## **Mi entrega (Segunda parte)**

Después de la intensa cena de rol, sirviendo a mi Ama y a otros Dominantes invitados, estoy preparado. Mis asistentes, sumiso y sumisa, me han bajado a los sótanos de la casa donde celebramos mi entrega, una gran habitación dispuesta como una mazmorra, en penumbras, llena de velas encendidas y una gran chimenea que dan un ambiente íntimo, cruz de San Andrés, potro, trono para mi Ama, una cama bien amplia, y muchos juguetes, y me han preparado, según las instrucciones de mi Ama, que por supuesto, yo desconocía.

Me han bajado desnudo, escoltándome, tirando de la correa que me cuelga del collar, que mi Ama me ha impuesto, y con las tobilleras y las muñequeras puestas. Al entrar en la sala, me han perfumado con la fragancia favorita de mi Ama, luego me han colocado una mordaza de bola, y acto seguido me han conducido a la cruz de San Andrés, fijando en ella las muñequeras y las tobilleras con los mosquetones metálicos. Quedo atado, bien tenso y ofrecido. Por último me han colocado un antifaz de cuero, una jaulita metálica restrictora en el pene, que lo aprisiona, y se han retirado silenciosamente.

Sólo oigo el flamear de las velas y el chisporroteo de la leña en la chimenea. Las llamas crean sombras en las paredes, que bailotean al son de las flamas, acompañándome como testigos silenciosos en mi espera, que se me hace eterna.

Ya la oigo llegar. El taconeo de cada paso de Sus zapatos, oigo los latigazos contra el suelo mientras juega con el látigo, mientras lo prueba. Mi corazón

se acelera cada vez que oigo ese chasquido. Cuando se acerca, no dice nada, sólo escucho que me rodea, acechando a Su presa, y después de un buen rato deleitándose mientras me observa, dice:

- Ahora eres mío, me perteneces.- Me suelta un picajoso latigazo en el trasero.- ¿A quién perteneces?-. pregunta.
- A Usted, mi Señora.- contesto.
- ¿Quién soy?- Me dice.
- Mi Ama, mi Dueña, mi Señora.- Respondo.
- Bien. Demuéstrame.

Se coloca detrás de mí, a cierta distancia, y el primer latigazo cae sobre mis nalgas, me sale un grito sorprendido y gutural que acaba en suspiro. Zaaaas un segundo latigazo sobre mi espalda. Lentamente comienza a darme latigazos en la espalda y las nalgas alternativamente, mientras me debato atado en la cruz, mis gritos, mis suspiros, mis ojos apretados bajo el antifaz, siento cada descarga en mi piel, cada zurriagazo quema mis poros, y me enrojece... al rato para, y pasa Su mano enguantada para hacerme notar el escozor después del castigo, y me estremezco, para luego, después de comprobar mi resistencia, cambiar a un flogger trenzado y seguir descargándolo sobre mí. A medida que acelera la velocidad y la fuerza de las descargas, mis suspiros se vuelven una respiración entrecortada y rítmica, mis gemidos unos gritos constantes, sensuales, y poco a poco, me abandono al castigo propiciado por mi Ama.

Para; comprueba de nuevo con Sus guantes el estado de mi piel, y oigo como se aleja de mi, para volver, siento que maniobra algo a mis espaldas, y de repente, noto como un par de Sus dedos me penetran el culo embadurnados en lubricante, frío, me los introduce bien, lubricando bien la zona, repitiendo varias veces la operación, mientras me debato y suspiro, sin más remedio que dejarme profanar. A continuación siento como desliza un plug en mi interior, bien grueso, que me hace gemir al introducirme, y me lo mete hasta adentro. Luego pasa una cuerda por mi cintura y haciendo una lazada, por debajo de mi culo, sujetando el plug, de forma que no pueda expulsarlo de ninguna de las maneras. Una vez bien atado, se aleja, y comienzo a notar en mi interior la vibración del aparato que me está violando, y que mi Ama acciona con un mando a distancia desde lejos, probando las diferentes intensidades y mis reacciones, y soltando risitas cuando ve como me muevo y me estremezco reaccionando al aparato y al masajeo de éste en mi próstata. Mientras tanto, mi polla se va excitando y reacciona, prisionera en la jaulita, y noto como se hincha y se aprieta contra las varillas de metal, dolorosamente, mientras mi culo es profanado al mismo tiempo y el vibrador me tortura a sensaciones. Deja encendido el aparato a cierta intensidad y reanuda la sesión de azotes, esta vez con gato

de nueve colas, con más intensidad que antes. Me debato loco por el dolor y el placer que siento, cada latigazo unido al dolor en mi entrepierna y al placer en mi culo, mientras sube la intensidad de las descargas del látigo. De vez en cuando para, y se entretiene en subir la intensidad del plug vibrador con el mando a distancia, para seguir la sesión de latigazos a continuación. Zaaaaas, Zaaaaas, Zaaaaas uno tras otro, mientras me abandono al placer y al dolor, mientras ya no se cómo poner mi cuerpo, tenso y torturado a sensaciones, húmedo de sudor, enrojecido y marcado por el látigo, y poco a poco, pierdo la conciencia de mi mismo, pongo la mente en blanco, mi respiración es entrecortada y de puro agotamiento, mis brazos decaen y se van dejando colgar de las muñequeras atadas a la cruz, mis piernas empiezan a temblar, mi cuerpo comienza a pesar como un plomo... la cabeza se me va, y sin quererlo, el dolor y el placer me trasladan, mi mente comienza a navegar sola por un mar de sensaciones de placer y dolor mezclado, perdiendo el control sobre mí mismo, sin saber donde estoy, solo sentir, y sentir, una vez más cada latigazo, uno detrás de otro, sin parar... solo veo, solo siento... el infinito... y una laguna se abre en mis recuerdos, como la conciencia perdida, y sólo recuerdo haberla comenzado a recuperar, cuando suspendido de la cruz, porque a duras penas me sostengo, mi Ama juega con el mando a distancia, diciéndome:

- Bien, creo que has regresado de donde estabas.

Y aumentando la vibración cada vez más y manteniéndola largo tiempo, mientras me acaricia y me besa, y me dice entre susurros sensuales:

- Ni se te ocurra correrme sin permiso.

Me masajea entre las piernas la base del pene, que sigue encerrado en la jaulita, hasta cierto momento que no puedo más, y entre gemidos y sollozos, le suplico:

- Mi Ama, le pido permiso para correrme, por favor, se lo suplico.

- ¿Quién eres?

- Su puto perro sumiso mi Ama.

- ¿Quién soy?

- Mi Ama, Dueña y Señora, mi Ama. Por favor, permítame correrme, no aguanto más.

- ¿Y qué más debes de decir?

- Le pertenezco mi Ama, en cuerpo, alma y espíritu.

- ¡Córrete perra!

Y tras un largo gemido de dolor por la presión en el interior de la jaulita, y del placer anal, me corro abundantemente abandonándome completamente, temblando incontroladamente, con la mente en blanco, dándolo todo, mientras oigo como se ríe de satisfacción al verme en ese trance. Me descuelga los brazos y las piernas de la cruz, y caigo rendido al suelo, a Sus pies, absolutamente agotado, dolorido, embriagado por la adrenalina y confundido por el placer. Me quita el antifaz. Mi mirada está como perdida.

Me permite descansar un rato, tirado a Sus pies, mientras pasea y me mira con satisfacción, escrutándome, sabe que soy Suyo, esperando a que mi respiración se normalice un poco, y mis jadeos se vuelvan algo más relajados. Ahora siento arder toda mi espalda como nunca había sentido.

Luego, a continuación tira de la cadena y me obliga a dirigimos a la cama, gateando. Allí, me obliga a ponerme sobre la sábana de látex negro, la espalda me arde y el tacto del látex provoca escalofríos en ella, y me ata muñequeras y tobilleras a cada una de las patas de la cama, quedando nuevamente en cruz, tumbado boca arriba. Se desnuda completamente. Pone sus piernas a la altura de mi cabeza, una a cada lado, y desciende sobre mi cara, poniendo Su coño sobre mis labios y diciéndome:

- Agradécemelo, perro.

Mi lengua comienza a lamer Su coño, que está bien húmedo, y comienza a penetrarla, a lamer cada pliegue de Sus labios vaginales, a succionar Su clítoris apasionadamente, mi Ama comienza a restregarse rítmicamente sobre mis labios y mi lengua mientras la lamo, como un verdadero perro entregado, continua moviendo Sus caderas cada vez más rápido, mientras mi lengua y mis labios enloquecen bajo Su coño dándole placer, subiendo cada vez más el ritmo y la velocidad, hasta que Sus suspiros comienzan a ser gemidos, y de gemidos pasan a gritos, hasta el punto que oigo ese gemido gutural de abandono mientras se corre varias veces sobre mí, empapando toda mi cara de Sus jugos íntimos, pero yo sigo lamiendo como loco, para que Sus espasmos no cesen, y el coño siga sacudiéndose y corriéndose repetidamente sobre mí hasta que no puede más, se derrumba Su cuerpo sobre el mío, temblándole las piernas, en un largo y gutural gemido interminable, y tendida encima de mí, todavía siente sacudidas, espasmos, escalofríos, pequeños temblores de piernas, y, a medida que se va calmando, me desata de pies y manos, comenzamos a morrearnos profundamente, fundiéndonos en un largo y cálido beso interminable y tumbada junto a mí, se aproxima a mi espalda, se abraza, hasta pegar Su cuerpo con el mío, noto Su piel y Sus pechos rozando mi castigada espalda y pequeñas sacudidas de dolor se mezclan con el placer de sentirla. Se abraza a mí y me dice:

- Ahora, a dormir, mi perro. Buenas noches.



- Buenas noches mi Ama.

Me besa los hombros dulcemente, y se acurruca, poniéndose cómoda. Estoy feliz de estar a Su lado, y ser Su sumiso. El cansancio me invade y comienzo a cerrar los ojos, mientras la siento, siento Su castigo en mi espalda, mi pene aprisionado en la jaulita todavía, mi entrega y Su posesión, mi deseo por Ella, y entre pensamientos de cómo será mi vida con Ella, me abandono en mi sueño, sumiso y entregado, mientras le agradezco que me haya elegido.

Autor: fetslave\_de\_Uranthia.

## **Lo que jamás se puede entregar**

LO QUE NUNCA SE PUEDE ENTREGAR:

La forma de sentir ...

Dentro de este nuestro mundo nuestro, nuestra forma de vida dentro de las reglas de BDSM, algunos quizá no estén de acuerdo con esto que voy a relatar.

Al igual que cada pájaro extiende sus alas para vivir y volar o algo tan básico como el aire que cada uno usamos para respirar está también la forma de sentir de cada persona.

Puede que los sentimientos sean parecidos dentro de un mismo rol al usar las mismas reglas dentro de los mismos juegos que son los que conforman las bases de esta aventura en nuestra forma de entender la vida.

Cuando cada persona por las circunstancias personales que sea decide vivir en esta comunidad con reglas distintas a las que nos educaron desde pequeños, a las que existen al salir a la calle o incluso a las que formaban parte de nosotros dentro de nuestras casas nada tendrán que ver con las nuevas reglas de vida que nos harán sentir más felices y plenos.

La manera de querer a la persona que nos llevará siempre de la mano, nos cuidará y por supuesto nos amará dentro de esas normas tan diferentes a las que antes eran supuestamente normales para nosotros, el amor, la sexualidad y el comportamiento dentro de esta nueva comunidad, en definitiva nuestras nuevas alas para volar, sentir y vivir.

"Pero... Si que hay algo que nunca un sumiso por mucho que diga y y diga, jure y perjure no entregara jamás simplemente porque no puede , eso es sus sentimientos, independientemente de que haya alguien que se los haga sentir y le lleve de la mano a conseguirlos, ya sean, buenos, malos, agradables, desagradables, felices, tristes en fin.... Es una vida que difiere de la que digamos normal por esa avalancha de sensaciones nuevas pero que .

Cuando que nos ponen la carne a flor de piel o en los momentos más bajos nos hacen sentir que ni podemos caminar, esos, que duelen por placer o por dolor en sus diferentes formas en este mundo cada cual los vive dentro de si y a pesar de vivir dentro del rol de sumiso/a es una libertad imposible de arrebatarse y pretender entregar ya sea incluso dentro de la esclavitud.  
NUESTRA FORMA DE SENTIR PERSONAL.

Una tarde cualquiera recuerdo que era invierno, paseando por un jardín cualquiera de mi humilde vida, los árboles tristes pintaban de tonos grises, el viento movía sus ramas, no había un ápice de color solo gris, mi vida entera pintaba de ese mismo tono, infeliz deseaba caminar por otros lugares llenos de color, de pronto encontré una puerta en una pared.

Esa puerta era de madera vieja, el desgaste de la lluvia el viento y los elementos por el paso de los años, la hacían tétrica, en la misma había grabadas muchas palabras y frases incoherentes en ese momento para mí, algunas entre otras eran estas...

El dolor del placer,

El placer del dolor,

Alegría, éxtasis, tristeza, castigos por desobediencia, posesión y entrega,

Feliz sumisión y obediencia,

Mi vida es tuya si la desea AMO/A y SEÑOR/RA".

Decidí abrirla de forma inmediata ante mi gran curiosidad.

Tal sorpresa fue la mía que no sabía ni donde por donde empezar a mirar, pensaba en las palabras y frases grabadas con algo punzante en la puerta, me quedé sorprendidísima ante la fuerte vorágine de colores tan fuertes entre rojos, granates, negros, dorados.... Un sin fin de colores que se percibían si alguien quería pasar... esa era la entrada a un nuevo camino, era y es ya real.

Alguien se acercó:

Desde ese momento mi cuerpo, mi mente y mi alma empezaron a descubrir, sentimientos que no sabía como interpretar como asimilar.... Me sentí más perdida aún, perdida pero plena..

Todo nuevo ante mi, nada parecido a lo que has estado acostumbrada.

“Bienvenida Niña”, esas palabras retumbaron en mi oídos, en mi mente de una forma tan dulce y a la vez agresiva que si hubiera sido un pastel me hubiera derretido por el calor de la dulzura y a la vez por el terror de esa fuerza que también ese sonido desprendía.

Bienvenida a tú nueva vida, girándome observé que alguien elegante, con un traje oscuro y camisa también en tono negro me tendía su brazo y esbozaba una leve sonrisa.

A partir de ahora todo cambiará siempre podrás abandonar, pero creo mi niña que nunca ya podrás abandonar.

Autora: ginebra



---

[www.elpalaciodelbdsm.com](http://www.elpalaciodelbdsm.com)

Marzo 2015

[www.elpalaciodelbdsm.com](http://www.elpalaciodelbdsm.com)

[www.elpalaciodelbds.com](http://www.elpalaciodelbds.com)

